



EL
LEGADO
DE
ANUBIS

JOSÉ PÉREZ QUINTERO

EL LEGADO DE ANUBIS

José Pérez Quintero

Todos los derechos reservados
Primera edición, JULIO 2020

Descubre todos mis libros en:

WWW.JOSEPEREZQUINTERO.COM

A LA VENTA EN AMAZON:

[EL VAGAMUNDOS](#)

[EL ÚLTIMO ANCESTRO](#)

[SOLDADOS DEL MULTIVERSO](#)

ÍNDICE

PRÓLOGO: ORGÍA DE SANGRE

1. LA PRIMERA VEZ

2. ROJO PAR

3. UNA OFERTA DE TRABAJO

4. HERMANA

5. LA ANCIANA

6. INTERROGATORIO

7. NIÑAS ROBADAS

8. JURAMENTO HIPOCRÁTICO

9. EL GRUPO

10. FLORES MARCHITAS

11. CAFEÍNA

12. MENTIRAS

13. DESPEDIDA

14. ASESINATO

15. CÓDIGO

16. EFECTO DOMINÓ

17. PACIENTE CERO

EPÍLOGO: UNA NUEVA MISIÓN

ORGÍA DE SANGRE

Bajo Egipto

1883

Istar atravesó sigilosa los tejados polvorientos de la antigua ciudad egipcia de Tanis, recortados por la gigantesca y amenazadora luna roja que teñía la noche. Aquel fenómeno del firmamento presagiaba un terrible nacimiento, uno que traería muerte y pestilencia, y cuyos llantos no serían los de un recién nacido, sino de los hijos de Adán y Eva pereciendo en un fuego eterno.

Su hermandad había protegido a la humanidad durante siglos, evitando que los hijos de Caín despertasen a aquel que no debía ser despertado. Por desgracia el Imperio británico, en su afán por recuperar y saquear viejas reliquias del pasado, había desenterrado a ese terrible monstruo de su prisión, desvelando su paradero. Los hijos de Caín tenían espías en todas partes y se habían apropiado de su venerada deidad de muerte. Pronto, aquel ser nacido en el albor de la creación sería liberado de las cadenas que le ataban al más allá.

A no ser que Istar lo evitase.

La chica apretó la empuñadura de su daga y se sintió imbuida por el espíritu de los hermanos y hermanas que durante siglos la habían portado, y cuya sangre había salpicado aquella montura. Su hermandad se remontaba a las primeras tribus, cuando los hombres y mujeres se contaban por puñados. Con

los siglos se habían expandido por todas las ciudades del mundo civilizado, aguardando en las sombras. Istar había entrado en la hermandad a la tierna edad de ocho años, cuando se había escapado del orfanato que la acogía, y que se encontraba a orillas del Támesis. Había huido por necesidad, sabiendo que si se quedaba acabaría muerta por una paliza de los cuidadores, o violada, y que su cuerpo sería arrojado como el de muchos otros niños a aquel río putrefacto. Esa vida le parecía lejana, un murmullo distante que casi no recordaba.

Istar se detuvo en seco cuando llegó a su objetivo, un gran almacén situado en el centro de la ciudad y que albergaba las reliquias recuperadas. Pero aquella noche esas paredes no tan solo guardaban la historia del pasado. En aquel momento también estaban a punto de revivirlo.

Descendió con cautela por una de las paredes y se asomó a una gran vidriera, empañada por el polvo del desierto y decorada con filigranas de colores. Dentro, un grupo de hombres y mujeres yacían desnudos en el suelo, dando rienda suelta a sus deseos más básicos. Estaban repartidos alrededor de un sarcófago, el epicentro de aquella orgía de lujuria y carne. Aquel era el tributo a su dios malévolo.

Tenía el tamaño de una persona. En el lugar donde debía de estar la cabeza se había tallado un rostro antiguo, femenino y poderoso. De allí surgían talladas largas trenzas, que se extendían esculpidas en la madera del sarcófago, desde la cabeza hasta los pies del mismo, como si fuesen tentáculos que lo protegiesen y cuidasen. Alrededor de esas trenzas habían escrito letras arcanas. En los costados del sarcófago podían intuirse decenas de orificios, horadados con cuidado para que pudiese insertarse a través de ellos un objeto punzante.

Istar observó cómo una pareja de amantes se levantaba

de su coito y se dirigía hasta aquello que veneraban. La mujer besó con pasión al hombre, mientras éste cogía una pequeña daga situada a los pies del objeto. Tras empuñarla contra su pecho, el hombre sonrió con ternura a su amante y murmuró unas dulces palabras. La mujer acarició la mejilla de su amado y hundió el filo sin piedad. Ambos se fusionaron en un apasionado abrazo, hasta que el mártir cayó inerte. Su sangre tiñó el suelo, brotando sin cesar, alejándose del sarcófago.

Y entonces algo sorprendente sucedió.

La sangre cambió de dirección, desafiando a todas las leyes de la física, volviendo hacia el sarcófago y siendo absorbida por los orificios. La mujer sonrió con gozo y se clavó la daga, postrándose de rodillas ante el objeto. Apartó sus manos y la sangre regó el sarcófago, que la absorbió a través de aquellos agujeros. Istar comprobó que el resto de amantes, parejas, tríos, grupos, se acercaban hasta aquella cosa maléfica, aguardando su turno. Uno tras otro, empuñaban la daga y se quitaban la vida, regalándosela a la siniestra cosa que aguardaba dentro de aquel presidio.

Istar debía actuar rápido. De nada serviría dar muerte a todos aquellos mártires; su sangre brotaría hacia el sarcófago, alimentando a la bestia. Tan solo tenía una opción, una que implicaba otro tipo de sacrificio.

La joven valiente rompió la cristalera, atrayendo la atención de todos aquellos fanáticos. Clavó su daga en un gran tapiz que colgaba de la pared y descendió rasgándolo. Cuando tocó suelo, vio cómo la habían rodeado todos aquellos cuerpos desnudos. Eran decenas contra ella, y jamás les vencería. Istar lo sabía, tenía la certeza de que jamás saldría de allí con vida.

La asesina esperó a que se le acercasen y dejó que las dagas se clavasen en su cuerpo. Los furiosos acólitos la

acuchillaron sin piedad, pero su plan no resultó como esperaban. Por cada cuchillada que recibía Istar, el acólito que había empuñado el arma sentía en sus tripas el mismo dolor. A cada hoja hundida, el daño se devolvía multiplicado por diez.

Pronto cundió el pánico y la confusión entre esos hombres y mujeres que habían estado dispuestos a dar la vida por aquella cosa. Caían fulminados por un daño invisible, destripados por dentro. Sin embargo no sangraban. Porque Istar tenía un don, ese mismo que había atraído la atención de la hermandad, el mismo que la había llevado hasta aquella misión suicida.

A cada cuchillada que recibía, el pelo de la chica se volvía más y más blanquecino. Y a cada hoja hundida por un rival, éste sufría el mismo daño que la joven asesina en su interior, sin ser consciente de que se estaba suicidando al atacarla.

A los pocos minutos, todos aquellos devotos yacieron muertos en el suelo, sin ninguna herida aparente. Pese a estar tocados de muerte, ni una gota de su sangre había sido derramada.

Istar tosió con dificultad, y vio en el reflejo de un espejo que su melena se había teñido de blanco por completo. Sabía lo que significaba, y sin embargo se sintió aliviada. Comprobó que no quedaba nadie con vida y caminó con dificultad hacia la salida.

Al abrir la puerta, la luna estaba desapareciendo, dando paso a un tímido amanecer. Con gran dolor, se sentó en uno de los antiguos escalones de aquel edificio, y clavó su vista en el horizonte, sonriendo por última vez.

Y el mismo poder que le había permitido cumplir su misión la arrastró hacia la muerte, convirtiéndola en una estatua de polvo y arena. Segundos después, fue arrastrada por el viento

como motas de polvo que se posaron sobre los viejos tejados de adobe.

Y los días dieron paso a las semanas, y las semanas a los meses, y los meses a los años, y los años a los siglos.

1

LA PRIMERA VEZ

Los labios de Alice besaron con deseo a aquel chico. No era el amor de su vida, pero daba igual. Su lugar lo podría haber ocupado aquel compañero de matemáticas algo tímido y patoso, o ese otro chico tan mono que había conocido a través de una amiga en un concierto. No importaba. Estaba preparada, sabía que estaba preparada. Tenía dieciséis años y no quería esperar más. Siempre había sido una chica impulsiva, y en lo más profundo de su ser odiaba haberse convertido en la única virgen del grupo. Aquello le había pillado por sorpresa, ya que ninguna de sus amigas se había atrevido a confesarlo. Una vez lo hizo la primera, el resto vomitó sin pudor sus experiencias sexuales. Todas menos ella, que acabó sintiéndose como el patito feo. Y virgen. Así que volvió a besar a aquel chico que tenía delante, aquel que sería el primero y al que seguramente no volvería a ver.

Su compañero no esperaba esa muestra de decisión, y se sintió cohibido por la desinhibición y energía de Alice, quien no dudó en tomar las riendas y subirse sobre él. Alice notó cómo el chico se empequeñecía, y temió que aquello acabase en un sonoro fracaso. Y lo peor: en las burlas de sus amigas.

—¿No te irás a echar atrás? —susurró tentadora en el oído del chico.

—No, claro que no... ¿pero y tus padres? —preguntó él,

intentando ocultar su temor a un gatillazo más que probable.

—Aún tardarán en llegar. Nos da tiempo —respondió ella, y por un instante sus miradas se fusionaron en una. Alice sintió en lo más profundo de sus tripas que no había vuelta atrás y le besó con pasión.

Y entonces el desgarrador derrape de un coche acompañado de un gran golpe destrozaron su vida para siempre.

Aquel sonido había llegado a través de la ventana, proveniente de la calle. Alice tuvo un mal presentimiento, y pensó en la última frase del chico: ¿Y tus padres?

Alertada, se apartó de su compañero y corrió hacia la ventana. Y al asomarse confirmó sus temores.

Frente a su casa de dos plantas, situada en un acomodado barrio residencial, pudo observar un coche volcado. El coche de sus padres. Su corazón dio un vuelco, y salió corriendo de la habitación sin pensárselo, dejando al chico perplejo, confuso y con un incipiente calentón.

Alice corrió a través del pasillo de la segunda planta, pasando por al lado de la habitación de sus padres y de la habitación de su hermana pequeña.

Dios mío, su hermana. Ella también iba en el coche junto con sus padres. La habían llevado a su recital de piano, pero no pensaba que volverían tan pronto. Esperaba que tardasen mucho en regresar, y ahora temía que nunca lo hiciesen.

Corrió con más fuerza, aguantándose las ganas de vomitar, bajando las escaleras enmoquetadas de aquella casa acomodada hasta llegar a la lujosa puerta de entrada. La abrió, y rezó para que todo lo terrible que había imaginado no fuese nada más que una invención de su febril mente adolescente.

Pero no fue así.

Allí seguía el coche de sus padres, volcado y humeante. Y

sus ocupantes no habían salido. Alice cruzó el precioso jardín que presidía la entrada del chalé, dejando a un lado la caseta de las herramientas de jardinería, que su progenitor utilizaba para adecentar ese terreno que consideraba su pequeño remanso de calma, y que le servía como hobby. Corrió con más fuerzas, intuyendo en la distancia algo que no quería intuir. Finalmente llegó sin aliento hasta el vehículo y se agachó asustada.

En el interior su padre y su madre se hallaban malheridos y bocabajo, atrapados por los hierros que atravesaban sus cuerpos y los aferraban a los asientos delanteros. Alice sintió un profundo terror al verlos, y las lágrimas brotaron de su rostro. Miró en la parte trasera, temiendo descubrir el destino de su hermana. Lucy seguía boca abajo, atrapada por el cinturón de seguridad. Y pese a tener nueve años, su cuerpo parecía haber resistido el impacto. Sin embargo, pudo observar que un hilo de sangre brotaba de la espalda de la pequeña, y un incontrolable vértigo se apoderó de ella.

—Sa... sa... saca a tu hermana... —dijo el padre de Alice con un hilo de voz. Con las pocas fuerzas que le quedaban se giró, intentando desabrochar el cinturón de la pequeña, mientras el humo que desprendía el motor inundaba el vehículo y le hacía toser profundamente. Cada movimiento insertaba más y más los hierros en su pecho, provocándole un terrible sufrimiento, pero en aquel instante tan solo podía pensar en su hija pequeña.

Alice decidió obedecer a su padre por primera vez en la vida y abrió la puerta trasera. Tiró de su hermana Lucy, pero el cinturón bloqueaba su cuerpo. Se sintió muy patosa, casi como si sus manos no quisieran obedecerla.

—El botón del cinturón, cielo... —dijo su madre, quien ya no era capaz de abrir los ojos. Alice percibió que su mundo se desmoronaba, y luchó porque no fuera así. Buscó entre el

espeso humo el botón que podía liberar a su hermana, pero el anclaje del cinturón que la retenía se había hundido entre varios hierros, y comprobó con pavor que no podría soltarla. ¿Por qué había tenido tan mala suerte? ¿Por qué el mundo se había aliado contra ella en aquel instante?

La respuesta se encontraba muy cerca de Alice, al final de la calle, observando el agónico momento de manera impasible. Aquel extraño debía de rondar los treinta y pocos años. Vestía un gran sombrero de ala ancha, casi como de otra época, calzaba unas zapatillas de deporte y lucía una larga gabardina que ocultaba su cuerpo, y de la que únicamente asomaba la palma de su mano, en la que sujetaba un extraño doblón de oro antiguo.

El extraño lanzó la moneda al aire, y esta alzó el vuelo mientras daba vueltas sobre sí misma, hasta que cayó de nuevo sobre su palma. Tras esto la tapó con la otra mano, y aguardó un segundo. Finalmente la descubrió, y el doblón reveló su cara, el rostro de un siniestro dios Inca.

Y en ese instante, como si se tratase de causa y efecto, el padre de Alice rozó sin querer con su mano un cable, este rozó a otro, y de su fricción saltó una chispa.

Y una gran llamarada inundó el coche.

Alice observó horrorizada esa gran bola de fuego engullendo a sus padres y derritiendo su cuerpo. Las llamas se dirigieron hacia ella, y supo que aquello sería el final de su viaje. El miedo inundó sus venas, y bloqueó su cuerpo. Su respiración se aceleró, su pulso se desbocó como un río salvaje y Alice entró en un estado de trance.

Y entonces el tiempo se rebobinó diez segundos.

Alice atravesó la lujosa puerta del chalé en dirección al coche volcado de sus padres, y sintió que algo no iba bien. Se

detuvo confusa, y un mechón de su pelo se tiñó en ese instante de blanco.

Observó ese nuevo mechón, sin comprender qué acababa de suceder. Había visto morir a sus padres. Ella misma había muerto. O eso creía. Y sin embargo ahí estaba de nuevo, en la puerta de su casa, frente al coche volcado.

La confusión estuvo a punto de apoderarse de ella, pero entonces recordó la imagen de su hermana atrapada por el cinturón de seguridad.

Pensó rápido, y se dirigió a la caseta del jardín donde su padre guardaba las herramientas de jardinería. Cogió una gran tijera de podar y corrió desbocada hacia el coche.

Esta vez fue directa a la puerta trasera donde se encontraba atrapada su hermana Lucy. No tenía tiempo de buscar aquel botón de seguridad hundido entre un amasijo de hierros, y usó las tijeras para cortar el cinturón. Liberó a su hermana pequeña, y comprobó que estaba fría e inerte. Pese a que el miedo había adormecido sus brazos, tiró con todas sus fuerzas de aquel pequeño cuerpo inconsciente, sacándola justo en el instante en el que la gran llamarada inundó el coche, devorando los cuerpos de sus padres.

Alice, en un acto reflejo, se giró para proteger a Lucy. Sintió aquel calor infernal abrasando su espalda, destruyendo para siempre su vida. La onda expansiva la lanzó lejos, haciéndola rodar por el suelo, con su hermana protegida entre sus brazos. Y el dolor inundó cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Pasaron unos segundos hasta que volvió a ser consciente de todo lo que había sucedido. Observó a Lucy, que seguía sin abrir los ojos, y temió por la mancha de sangre que brotaba de la cintura de la pequeña. La dejó con delicadeza en el suelo, y se levantó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Y ante ella pudo observar el dantesco espectáculo en el que sus padres eran los protagonistas, quemándose agónicamente al compás de sus gritos sordos.

El extraño de gabardina y sombrero de ala ancha también había asistido a aquel macabro espectáculo. De nuevo volvió a lanzar el doblón de oro al aire, y este cayó otra vez sobre la palma de su mano. Al descubrirlo pudo observar la cara de aquel mismo dios Inca, aunque esta vez bajo un rostro benevolente. Miró por última vez a Alice antes de marcharse, sabiendo que sus caminos volverían a cruzarse. Se atusó su gabardina y se colocó bien su sombrero. Y al hacerlo, del interior se descolgó un mechón de pelo blanco.

Finalmente Alice, quemada y huérfana, e incapaz de contener por más tiempo todo lo que sentía, lanzó un grito desgarrador.

Y su mundo cambió para siempre.

ROJO PAR

—Rojo par. Gana el señor de la chaqueta a cuadros —dijo el crupier.

Aquel gordo seboso gritó de alegría con todas sus fuerzas, y al hacerlo su saliva regó parte de la mesa de apuestas del casino donde se estaba dejando los ahorros de su familia. Su pelo era grasiento, y vestía con una chaqueta a cuadros hortera, seguramente para intentar aparentar ser alguien respetable y con clase, algo que por supuesto jamás conseguiría.

Acababa de ganar la apuesta que había jugado en la ruleta. Era lo primero que ganaba en su miserable vida, y eso que su incipiente ludopatía le había hecho malgastar el dinero de sus hijos en todo tipo de sorteos, apuestas y máquinas tragaperras. Pero por fin su mala racha había terminado. Por fin lo había conseguido. Así que recogió las fichas del premio, pavoneándose ante la chica que se encontraba jugando en la mesa a su lado.

—¿Lo ves, guapa? Te dije que iba a salir rojo par.

La chica se retiró la melena de la cara, cuya mayor parte de ella estaba teñida de color blanquecino. Habían pasado unos cuantos años desde aquel fatídico día y Alice, ahora con treinta años, se había convertido en una mujer atractiva, con una mirada dura forjada por el trauma. Atrás había dejado su impulsividad. Ahora meditaba todo con calma, sopesando la

situación. Debía hacerlo si quería ganar aquella apuesta que se acababa de jugar. Y que se volvería a jugar.

El gordo seboso siguió espetando a toda la mesa su buena fortuna, pero Alice ya no le escuchaba. Tan solo tenía ojos para el cronómetro de su reloj, que seguía una cuenta atrás. Ocho segundos, siete, seis...

Alice observo por un instante a aquel subproducto considerado ser humano, y éste se sintió de golpe intimidado por esa mirada penetrante, que le hizo silenciar su desagradable verborrea.

—Sé que no te vas a acordar de esto, pero tengo que darte un consejito —dijo la chica en un tono firme.

—¿C-cuál? —preguntó aquella parodia de persona, empequeñecida de repente.

—No hables tan cerca, te apesta el aliento.

Aquel ser seboso y hortera, ludópata y perdedor, se mostró perplejo por esa repentina muestra de sinceridad, y no pudo más que ponerse la mano en la boca para echarse el aliento. Alice lo observo con desagrado un último instante, y se concentró, sabiendo que aquel tipo no recordaría nada de eso.

Y entonces rebobinó el tiempo diez segundos.

En el pelo de Alice se imprimió con timidez un nuevo mechón blanco, añadiéndose a su ya frondosa cabellera desteñida. Observó el cronómetro de su reloj, detenido en diez segundos. Miró al gordo seboso, que se encontraba de nuevo dispuesto a apostar, sin saber que todo aquello ya había sucedido. Aquel tipo aseguraba tener un palpito, estaba convencido de que aquella jugada cambiaría su mala racha. Sabía que debía ponerlo todo al rojo par. Se dispuso a apostar, pero Alice se le adelantó, colocando todas sus fichas sobre la mesa.

—Apuesto todo al rojo par —dijo ella.

Aquel gordo seboso dudó un instante al escucharla. Esa era su apuesta, o iba a serla. Tal vez debía de jugársela a otro número.

—Yo... —comentó, dudando—, apuesto al negro impar. Es mi día de suerte.

Tras colocar sus fichas, sonrió socarronamente a Alice, dando por supuesto que su vida iba a cambiar en aquel instante. Alice, sin embargo, sabía que seguiría siendo el mismo perdedor ludópata y triste de siempre. Porque sabía que la bola caería en rojo par. Lo acababa de vivir, y acababa de rebobinar el tiempo diez segundos para ganar aquella apuesta.

—Rojo par. Gana la señorita del pelo blanco —dijo el crupier.

El gordo seboso maldijo su suerte mientras Alice, sin un ápice de emoción por haber ganado, recogía sus ganancias en fichas. Sabía muy bien que iba a ganar. No podía fallar.

Lo que no sospechaba es que no era la única que conocía aquel secreto.

Una diminuta y frágil anciana había observado su jugada a través de los monitores de seguridad del casino, resguardada en una sala aséptica situada varias plantas por encima. Pese a no haber percibido que el tiempo se había rebobinado, aquella anciana sabía perfectamente lo que había sucedido. La frondosa melena de mechones blancos de Alice era una prueba inequívoca.

Una vez Alice se levantó de la mesa, aquella frágil mujer la siguió con las cámaras que vigilaban el ir y venir de cientos de personas, hasta que llegó a la caja para hacer efectiva su montaña de fichas. Por fin había encontrado la pieza que faltaba para llevar a cabo su plan. La necesitaba.

—Trámela.

La anciana acababa de dar una orden, dirigida a un tipo situado tras ella. El extraño iba ataviado con un sombrero de ala ancha, una larga gabardina y zapatillas de deporte. Jugaba con un extraño doblón antiguo de oro que se pasaba entre los dedos, el mismo que había lanzado al aire años atrás, asistiendo a la muerte de los padres de Alice. Esta vez también lo lanzó, y la moneda cayó de nuevo sobre su palma, tapándola inmediatamente.

Al descubrirla, el doblón reveló el rostro de aquel dios Inca siniestro.

Y supo que la suerte estaba echada.

UNA OFERTA DE TRABAJO

Horas después Alice entró en su piso, por llamarlo de alguna manera. Aquello se asemejaba más a un cubículo triste y austero, sin ningún tipo de encanto. Nunca se había preocupado por decorarlo. Al fin y al cabo aquello no era su hogar. Si existía algo llamado hogar, lo había perdido años atrás y jamás lo recuperaría.

Tras dejar la mochila que había llevado al casino a los pies de la cama, se dirigió a su aún más austero baño y se quitó la camiseta sudada. Caminó hacia a la ducha, y a través del espejo vio el reflejo de su espalda surcada por cientos de cicatrices de quemaduras, un recordatorio de aquel fatídico día en el que lo había perdido todo.

Abrió el grifo lleno de óxido y un torrente corrió por su espesa cabellera. Prácticamente toda ella era de color blanquecino, a excepción de un pequeño fragmento que seguía conservando su color oscuro original. Sabía lo que aquello significaba, pero no podía evitar hacer lo que hacía. Decidió abrir por completo el grifo del agua caliente, esperando que ese bálsamo aliviase su cuerpo y sus recuerdos. Notó el líquido fluyendo por sus cicatrices, casi como si siguiesen los surcos de un río cuyo caudal era el dolor y la rabia.

Tras ducharse, se dirigió a su habitación. Levantó el somier de la cama bajo el que guardaba los pijamas y escogió el más feo

que tenía. Nadie iba a venir a visitarla, y no tenía por qué mostrar sus mejores galas. Allí mismo también guardaba el edredón de invierno, un par de sábanas y los cientos de fajos de billetes que había acumulado a lo largo de los años, desde que había descubierto su don y perdido a sus padres. Así que abrió la mochila, vació el contenido sin ningún miramiento, y cientos de billetes hicieron compañía a otros tantos.

Y entonces alguien llamó a la puerta. Tenía la certeza de que no sería un conocido. No tenía amigos, y nadie sabía que vivía allí. Pagaba siempre en efectivo, y no había domiciliado nada en aquel cuchitril. Tal vez fuese otro vendedor de gas, o un comercial intentando colocarle algún objeto absurdo e inservible. O uno de esos mendigos que ocupaban de vez en cuando el edificio. Fuese quien fuese, se acabaría cansando de llamar y se largaría.

Cinco minutos después, Alice supo que tendría que intervenir.

—No me voy a poner fibra, ni suscribirme al club del libro, ni hacerme de ninguna ONG, ni nada de nada —dijo, sin abrir la puerta.

Alice esperó que aquello hubiese sido suficiente, y observó por la mirilla para asegurarse de que la persona que estaba al otro lado se había marchado.

Al acercar su ojo, pudo ver al extraño de larga gabardina y sombrero de ala ancha. Ese mismo que había sido espectador de su desgracia sin que ella fuese consciente. Le llamó la atención el doblón de oro antiguo con el que jugaba entre sus dedos, y se sintió incómoda, como si aquel objeto le recordase algo desagradable.

—¿No me ha escuchado?

El extraño decidió que era el momento de mostrar sus

intenciones, y habló.

—Lo que vengo a ofrecerte seguro que te interesa.

—No quiero nada. No necesito nada. Largo —dijo Alice, incómoda por la presencia de aquel tipo.

—¿Estás segura, Alice? —respondió el hombre misterioso.

Alice se mostró sorprendida.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó, inquieta.

—Lo he visto en tu buzón —afirmó él, en un tono cordial y amigable. Pero Alice sabía que aquello no era cierto.

—No tengo nombre en el buzón.

Alice pudo ver a través de la mirilla empañada al extraño sonriendo, y tuvo la sospecha de que ya se esperaba esa respuesta, y que en realidad estaba jugando con ella.

—Solo pido que me escuches —dijo de nuevo el hombre—. Y si pasa algo, siempre puedes rebobinar diez segundos y volver al momento antes de que suceda.

Alice ahora sí que estaba realmente sorprendida. ¿Cómo sabía aquello? ¿Qué debía hacer? Si no le abría la puerta, tal vez se marcharía y volvería con la policía. O la denunciaría. O algo peor. De todas maneras, tenía razón. Si intentaba hacer algo, le bastaría con rebobinar diez segundos y anticiparse a sus intenciones.

Alice tomó aire y abrió la puerta. El extraño sonrió agradecido y entró en aquel piso cochambroso. Observó a su alrededor, deteniéndose en las manchas de humedad y el papel desvencijado que recubría la pared. Observó también los restos de comida para llevar que se apilaban en el fregadero.

—¿Cómo sabes lo de los diez segundos? —preguntó Alice.

El extraño guardó silencio, y se dirigió hacia el viejo sofá que presidía la estancia, y que parecía recuperado de un basurero. Tras sentarse, hizo una petición.

—¿Podrías darme un vaso de agua? El ascensor no funcionaba, vives en un quinto y yo no soy ningún jovencuelo.

Alice decidió que conseguir la verdad no estaba reñido con ser buena anfitriona, así que cogió un vaso sucio de la pila, lo enjuagó como pudo y sirvió agua al extraño.

Al entregárselo, el tipo cogió el vaso con su mano izquierda, sin dejar de jugar en la otra con el doblón de oro.

—¿Vas a responderme a mi pregunta? —dijo Alice—. ¿Cómo sabes lo que sabes?

El extraño dio un gran sorbo al vaso de agua y se sintió aliviado, como si aquel líquido fuese el más delicioso de los brebajes.

—Digamos que trabajo para gente importante que maneja información importante.

Tras esto lanzó la moneda al aire, y al caer la tapó con la palma de su mano, ocultando el resultado. Alice, que no podía creerse lo que estaba sucediendo, fue del todo sincera.

—Tío, no sé si te lo han dicho, pero pareces un malo de las pelis de James Bond.

Como respuesta, aquel tipo levantó su mano y descubrió el doblón de oro. Alice observó la cara con el rostro de un dios Inca sonriente, amable y conciliador. El extraño sintió agrado por el resultado de su apuesta, y prosiguió.

—La gente que me manda quiere encargarte un trabajito.

—Lo siento —dijo ella—, pero no necesito ningún curro. Me sobra el dinero.

El extraño miró a su alrededor, observando el piso austero y cutre.

—No es dinero lo que quieren ofrecerte.

Tras esto clavó su mirada en Alice, concretamente en los largos mechones blancos que recorrían la melena de la chica. Se

dispuso a hablar de nuevo, aunque esta vez dejó de lado su tono afable y se mostró serio.

—¿Cuánto te queda? —preguntó, señalando la cabellera de la chica.

Alice se quedó helada ante esta pregunta, incapaz de responder nada. El extraño volvió a hablar.

—Por tus canas, calculo que un año de vida, tal vez menos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alice, sin comprender cómo podía poseer esa información—. ¿También te lo han dicho tus jefes?

El extraño decidió ofrecerle una respuesta que no diese lugar a dudas. Se quitó el enorme sombrero de ala ancha desvelando su pelo, que también estaba prácticamente canoso.

—¿Creías que eras la única?

Alice ahora sí que estaba confusa. Si aquello era cierto, significaba que no era la única con esas habilidades especiales, que existían otros que compartían su suerte.

—¿Para qué me necesitas? Por lo que veo, tú podrías encargarte de ese trabajito, sea lo que sea.

El extraño sonrió, divertido por el comentario. Alice sintió que aquel hombre tenía mucha más información de la que le había revelado, que sabía mucho más sobre su don. O su maldición, según se mirase.

—No todos tenemos el mismo poder. Tú puedes rebobinar el tiempo diez segundos. —El extraño observó su doblón con atención—. Yo, bueno, eso no importa. La cuestión es que mis jefes quieren contratarte.

Tras esto, volvió a señalar las canas de la chica.

—Y a cambio solucionarán tu problema. Piénsatelo.

Tras decir esto, rebuscó en su gabardina y sacó una tarjeta de visita que puso sobre la mesa del salón. Seguidamente se

levantó del sofá cochambroso, estiró sus oxidadas piernas, se colocó su sombrero de nuevo tapando sus canas y se dirigió hacia la salida, dispuesto a marcharse.

—Si te interesa, ya sabes dónde encontrarme.

El extraño llegó hasta la puerta y la abrió. Antes de salir se giró por última vez, sonriendo amablemente.

—Por cierto, me llamo Jones.

Finalmente se marchó, dejando a Alice en un mar de dudas. La chica se acercó hasta el sofá y cogió la tarjeta. Al leerla se sintió aún más confusa. En ella tan solo había un texto escueto: “Exportaciones/importaciones Koslo. Polígono marfil, edificio 2”.

Alice se sentó, y miró fijamente aquel trozo de papel. ¿Quién era ese extraño? ¿Para quién trabajaba? ¿Sería aquella la respuesta a sus problemas?

Tal vez pronto lo descubriría.

HERMANA

¿Dónde se encontraba? Un espeso velo le impedía ver más allá de su rostro. Y entonces notó el calor, aquel calor, y una punzada en el estómago le hizo comprender que había vuelto a aquel fatídico día.

El coche de sus padres ardía frente a ella con un furor intenso, devorando sus cuerpos atrapados entre el amasijo de hierro. Sus gritos sordos, ahogados por el humo de la muerte, resonaban en su cabeza, taladrando hasta lo más profundo de su mente.

Notó que cargaba un peso. Y comprendió que era su hermana pequeña, a la que sujetaba entre sus brazos. Intentó ver si respiraba, si tenía los ojos abiertos, pero la preciosa melena rubia de Lucy le tapaba completamente el rostro. Intentó apartarla, pero era imposible. Al hacerlo, aquella melena resurgía más y más, como si jamás se acabase, como si no quisiese enseñarle la cara que ocultaba. Y entonces el calor aumentó, y sintió la presencia de aquella mortal bola de fuego acercándose. Todo volvía a repetirse. O tal vez todo no.

Porque Alice no era aquella adolescente. Allí estaba, adulta, reviviendo aquel instante que había marcado su vida, que le había descubierto aquel extraño don.

Aquella sentencia de muerte.

Y de nuevo el tiempo ser ralentizó, y pudo observar cómo

todo su mundo era devorado por las llamas. Sus padres seguían gritando, agonizando en aquel infierno eterno. Su piel se derretía como mantequilla, mientras cientos de ampollas se formaban en su superficie desfigurando aquellos rostros y convirtiéndolos en horrendos monstruos.

Y entonces su madre la miró, y dejó de gritar.

Alice sintió que su corazón daba un vuelco, que su pulso se aceleraba hasta hacerla volar. Su madre se limitó a observarla fijamente, mientras su piel se desprendía a jirones. Sintió entonces la mirada de su padre, cuyos ojos se derretían por culpa del calor. Ambos la contemplaron sin un ápice de emoción, y hablaron al unísono.

—Fue por tu culpa. Tú nos mataste.

Alice sintió que su aliento se entrecortaba, que sus pulmones dejaban de funcionar. Buscó el refugio de un rostro amable, el de su hermana, escondido bajo toda aquella cabellera dulce y rubia. Luchó desesperadamente por encontrar esa mirada amiga, retirando el pelo que la cubría con más y más fuerza, mientras la terrible bola de fuego engullía todo a su alrededor. Observó un instante aquella muerte dirigirse hacia ella, y finalmente consiguió despejar el rostro de su delicada hermanita.

Pero aquella que sujetaba no era Lucy.

Aquel rostro dulce e inocente se había convertido en un rostro putrefacto y carcomido. Alice sintió terror, mientras sus dedos se hundían sin esfuerzo en aquella carne muerta y momificada. Notó que todo a su alrededor daba vueltas, y deseó huir de aquel sitio. Y entonces aquel terrible ser la miró, y esbozó un susurro.

—Serás mía...

Y al hacerlo, el fuego la envolvió y todo su cuerpo se

volatilizó.

Alice se despertó ahogada y empapada en sudor, desorientada por lo que acababa de suceder. Tras unos segundos de desconcierto, comprendió que todo había sido una pesadilla. Y por primera vez en su vida aquella habitación triste y desangelada le pareció un buen lugar.

Pese a estar despejada, sintió que el desasosiego que había vivido no se iba, como si fuese un eco insistente que seguía retumbando en su corazón. Miró su móvil para comprobar la hora, y vio que aún era pronto. No obstante, sabía que no podría volver a conciliar el sueño. No era la primera vez que vivía ese tipo de pesadillas, rememorando la muerte de sus padres.

Sin embargo, esta vez había sucedido algo distinto. ¿Por qué había soñado con aquel ser putrefacto habitando el cuerpo de su hermana? ¿Por qué le había dicho que sería suya? Temió que estuviese perdiendo la cabeza. Una cosa era soñar con aquel fatídico día, y otra muy distinta soñar con su hermana pequeña convertida en un cadáver de polvo y corrupción. Pensó en ella, en Lucy, y decidió que no le contaría nada de esto. Y percibió de nuevo aquel desasosiego naciendo en la boca de su estómago. En unas horas se dirigiría a visitarla. ¿Había sido aquello un deseo oculto de que su hermana se rindiese y falleciese?

Se sintió sucia al pensar en algo así, y decidió volver a dormirse. Aunque no pudo pegar ojo.

Varias horas después Alice entró en una habitación de hospital aséptica y luminosa, totalmente opuesta a su piso cochambroso. Se dirigió hacia las flores marchitas que reposaban sobre un jarrón transparente y las reemplazó por unas nuevas que acabarían marchitándose, reproduciendo un

ciclo sin fin de vida y muerte.

—Te dije que esas flores no eran de interior —respondió la hermana pequeña de Alice.

Lucy seguía conservando su sentido del humor pese a su situación. Aún siendo la menor, a sus veintidós años mostraba una serenidad y madurez muy superior a las de Alice. Tal vez tuviese algo que ver con el hecho de estar postrada en una cama, atada a un respirador del que dependía su vida. Su tetraplejía había atrofiado su cuerpo, pero a la vez había potenciado su espíritu, expandiendo su inocencia y bondad.

Alice sonrió y se sentó en un borde de la cama, cogiendo su mano. Lucy era la única capaz de atravesar la dura coraza de Alice, y se había convertido en el motor que la hacía seguir caminando.

—¿Es que ahora eres botánica? —dijo a Lucy, y esta le respondió con la complicidad que tan solo dos hermanas podían tener.

—Se llama sentido común. ¿Has pensado en teñirte ese pelo?

Lucy no estaba nada conforme con el cabello blanco de su hermana, pensaba que la hacía demasiado mayor. Alice no podía confesarle que aquello no obedecía a una moda, que aquel cabello era una prueba oculta del amor incondicional que sentía por ella.

Todo el dinero que ganaba usando su don era para pagar sus cuidados. No tan solo estaba afectada por una tetraplejía que debilitaba su ya de por sí frágil cuerpo, sino que además sufría un extraño proceso degenerativo que ningún médico sabía definir. Tan solo aquella montaña de dinero le permitía mantener a raya a la muerte, sometiéndola a un constante cuidado que la sanidad pública no podía ofrecerle.

Pese a que el uso del don la mataba, no podía evitar seguir adelante. En algún momento de su vida se había planteado usar su poder una sola vez, tal vez jugando a la lotería. Pero tan solo podía rebobinar el tiempo diez segundos, ni uno más, lo que le impedía una planificación tan a largo plazo. Solo podía llevar a cabo golpes que pudiesen producirse de manera inmediata, en ese tiempo. Su don era especial, y muy raro. Pero también limitado. Sabía cómo había despertado, gracias al trauma, pero aún no sabía de dónde provenía. Pensaba que era fruto del azar, pero la aparición de aquel extraño Jones le hacía dudar del origen de su habilidad. Fuese como fuese, su hermana no podía enterarse de aquello. Así que siguió con aquel pique divertido que habían iniciado.

—Vaya, así que ahora también eres peluquera —respondió Alice, sonriendo.

Lucy se mostró divertida por el comentario. Desde pequeñas habían jugado a aquello. Conocía a la perfección a su hermana mayor, sabía cuándo podía bromear con ella, cuando podía vacilarla y cuándo debía parar si no quería recibir una reprimenda. Tal vez por eso, fue consciente de que Alice estaba preocupada por algo más. Lo notó en su ligero ceño fruncido, en esa sutil mirada ausente.

—¿Te pasa algo, hermanita?

Alice sabía que era un libro abierto para Lucy, así que decidió responder.

—El médico me ha dicho que has tenido una recaída.

—Por lo que pagas, ya podrían decirte más cosas —comentó Lucy, bromeando. Pero sabía que aquel no era el motivo de su preocupación—. No me engañas, no estás así por lo que te han dicho los médicos. Te conozco demasiado bien. Hay algo más.

—No me ha gustado tu comentario sobre mi pelo —
respondió Alice, intentando esquivar la verdad.

—Tonterías. ¿Qué te pasa?

Alice no podía mentir a su hermana. Jamás pudo hacerlo.

—Nada. No seas paranoica —insistió, esperando que
abandonase su interrogatorio.

—Sé que me ocultas algo.

Alice era incapaz de responder, y Lucy comenzó a preocuparse. Sin embargo, decidió preguntar con ternura y delicadeza.

—Venga, hermanita, puedes contarme lo que quieras. ¿Qué te pasa?

Alice necesitaba explicárselo, quería explicárselo, y sus ojos se humedecieron, incapaces de guardar más el secreto.

—Me queda menos de un año de vida. Lo descubrí hace poco, pero no te preocupes porque te voy a conseguir el dinero necesario para que puedan cuidarte toda la vida cuando yo falte.

Lucy se quedó enmudecida ante la revelación. No podía creerse lo que acababa de escuchar. Su hermana era lo único que le quedaba en el mundo, y la idea de perderla le provocó la misma sensación que asomarse a un terrible abismo.

—P-pero... ¿cómo? No, yo...

Alice se sintió de alguna manera liberada, aunque sabía que aquella confesión no llegaría a ningún lugar. Ella se encargaría de eso. Así que se concentró... y rebobinó el tiempo diez segundos.

Y al hacerlo, una nueva cana se imprimió en su melena.

Lucy volvía a mirar a su hermana con ternura, intentando realizar la pregunta con delicadeza, ya que no sabía qué le carcomía.

—Venga, hermanita, puedes contarme lo que quieras. ¿Qué

te pasa?

Alice, ahora más tranquila, respondió con voz firme.

—Nada. Tonterías...

Y entonces recordó el doblón de aquel extraño Jones y su particular visita.

—Bueno, en realidad... me han ofrecido un trabajo.

Lucy se mostró muy sorprendida.

—¿Qué clase de trabajo?

—Uno que estaría... muy bien pagado.

—¿Y qué tendrías que hacer?

Alice no lo sabía, pero Jones conocía su poder, lo que no podía significar nada bueno.

—No lo entenderías. Es muy técnico. Cosas de números, transacciones, dividendos, ya sabes. De lo mío. Me han concertado una entrevista. Pero no sé si me conviene.

Alice había mentido a su hermana para salvaguardarla de futuros problemas. Ella no sabía nada de su don, ni del uso que le daba para pagar las facturas de ese hospital donde la atendían, ni del terrible precio que suponía usarlo. En su lugar, le había explicado que trabajaba en una gran multinacional, en el departamento de contabilidad. A Lucy aquello siempre le había sorprendido, ya que no se la imaginaba manteniendo conversaciones cordiales alrededor de una máquina de café.

—Bueno, no pierdes nada por escuchar lo que te proponen.

Alice se quedó pensativa por estas palabras. Estaba de acuerdo en esa afirmación, aunque algo en la boca del estómago le decía que si acudía a la cita acabaría metida en problemas. Por desgracia, en aquel instante era incapaz de mantener a raya esa impulsividad que la había arrastrado de adolescente a las mayores de las locuras. Jones le había prometido una recompensa suculenta. Demasiado suculenta.

Si decía la verdad, podría librarla de la muerte.

LA ANCIANA

Alice aparcó su moto y apagó el motor. Tras quitarse el casco sacó del bolsillo de su chaqueta la tarjeta que le había entregado Jones. Volvió a mirar aquella diminuta invitación, asegurándose de que no se había equivocado, y resopló resignada. Frente a ella se encontraba un edificio desvencijado y antiguo, situado en una solitaria y decadente zona industrial, que no parecía albergar mucho más que gatos callejeros y muchas, muchas ratas. Deseaba haberse equivocado, pero no era así. Sobre la fachada de aquel lugar desolador pudo leer un cartel con el rótulo *Exportaciones/Importaciones Koslo*.

Por un instante se planteó si debía entrar. Aquello cada vez tenía peor pinta. Suponía que aquel lugar no era más que una tapadera de algún negocio poco o nada confesable. Pero la promesa de aquel extraño, y el conocimiento de su don, le hicieron decidirse a darle una oportunidad a aquella tentadora oferta.

Tras asegurar la moto, y rezar para que no se la robasen, se acercó al edificio. Se disponía a entrar sin más, pero alguien no opinó lo mismo.

—¿A dónde va?

La frase provino de un conserje calvo como una bola de billar, de unos cuarenta y cinco años, una mole de ciento y pico kilos de movimientos tranquilos y meditados. Se hallaba absorto

en un crucigrama y ni tan siquiera se dignó a mirar a Alice, mientras impedía su paso con aquella frase teñida de cadencia y parsimonia.

—Había quedado aquí —dijo la chica.

El conserje resopló, fatigado por el simple hecho de tener que continuar una conversación que no le apetecía desarrollar.

—¿Segura?

—Segura —respondió Alice.

El tipo levantó por primera vez la vista de su crucigrama y miró fijamente a la chica, como si estuviese intentando descifrar sus intenciones.

—Creo que se equivoca —fue su respuesta, y volvió a hundir sus pensamientos en el entretenimiento que sostenía entre sus manos.

Alice empezaba a desesperarse. Así que buscó de nuevo en su chaqueta, sacó la tarjeta que le había entregado el extraño Jones y se la mostró a aquel familiar lejano de un perezoso.

—Mira, tío. No sé si estás esperando que te diga una contraseña secreta o algo por el estilo, pero solo me han dado esta tarjeta de visita. Un tipo que parece un malo de James Bond. Con sombrero de ala ancha, gabardina y el pelo blanco.

El conserje volvió a alzar de nuevo su vista hacia la chica, y se limitó a mirarla fijamente. Alice, harta de aquella pantomima, decidió que había tenido suficiente.

—Vale. Nos vemos. Quédate con la tarjeta.

Alice se dispuso a marcharse, pensando que había hecho el ridículo. Por suerte, nadie más que aquella mole absurda había visto el momento.

O eso creía.

Una cámara de seguridad había recogido aquel instante. Tras alejarse unos pasos, un telefonillo situado frente al conserje

escupió un irritante pitido. La mole afable que salvaguardaba aquel edificio desvencijado abandonó el crucigrama y descolgó, escuchando atentamente las instrucciones de la persona que le hablaba al otro lado. Tras asentir varias veces, volvió a colgar

—Señorita —dijo en un tono más alto.

Alice se giró sorprendida. El conserje, que pretendía volver lo antes posible a su entretenimiento, espetó una sola frase.

—Ascensor del fondo. Planta segunda.

Alice no dudó esta vez. Se armó de valor y entró en el edificio, y esta vez reparó en la cámara de seguridad. Tal vez todo aquello había sido una prueba. O tal vez simplemente había sido un momento absurdo. Fuese lo que fuese, deseó que aquel ojo indiscreto no hubiese grabado el bochornoso momento.

Quien sí había inmortalizado todo lo sucedido era una cámara fotográfica réflex con óptica de teleobjetivo. Tras ella se escondía una mirada masculina y penetrante, de ojos verdes, que había asistido atenta a toda la conversación. El improvisado paparazzi se encontraba resguardado en el interior de su vehículo, a una distancia prudencial para no ser detectado. Gracias a ese teleobjetivo había fotografiado a Alice, y pronto sus vidas se cruzarían de manera drástica. Pero por el momento ya tenía lo que quería. Así que, tras dar por concluida la improvisada sesión de fotos, dejó su cámara en el asiento del copiloto junto a una pistola y una identificación de policía a nombre de Richard Medina.

Alice, por su parte, llegó hasta el ascensor, marcó el segundo piso y rezó para que aquella caja vieja y oxidada no se soltase a medio camino. Aunque si sucedía, siempre podría rebobinar diez segundos.

Por suerte, aquel armatoste de metal hizo bien su trabajo y

la llevó al segundo piso. Al abrirse las puertas, se encontró con un largo pasillo enmoquetado y viejo, anclado en los años setenta. Daba la sensación de que habían abandonado aquel lugar hacía tiempo, dejando todo intacto, y así se había mantenido en pausa hasta aquel instante.

Al fondo, un cuerpo diminuto y frágil se dedicaba con esmero a colocar una fotografía enmarcada en la pared. Alice se acercó, y pudo comprobar que se trataba de una anciana, la misma que había vigilado a Alice a través de las cámaras de seguridad del casino sin que ella lo supiera, la misma que le seguía la pista desde hacía tiempo, la misma que había concertado aquella cita.

—¿Me echas una mano? —preguntó con amabilidad. Sin esperar una respuesta que no buscaba, la anciana le entregó la foto enmarcada para que la sujetase. Tras esto metió un taco en la pared y seguidamente insertó un gancho para poder colgar aquel viejo recuerdo. Apretó con meticulosidad y cuidado, como un cirujano que realiza una incisión a corazón abierto.

—Esta dichosa foto no quiere quedarse en su sitio.

Alice observó la fotografía que sostenía. Tenía un color desgastado, y aparentaba haberse realizado hacía varias décadas. En ella aparecía un grupo de hombres y mujeres, todos con batas médicas, situados sobre las escalinatas de un edificio elegante. Sus poses transmitían la formalidad que solo se consigue en ocasiones importantes. Y en el centro, en el foco de todo aquello, se encontraba aquella anciana. Esto llamó la atención de Alice, ya que tanto el look del resto del grupo como su ropa aparentaba pertenecer a la década de los ochenta, y sin embargo aquella pequeña señora seguía conservando en el retrato el mismo aspecto que ahora.

Cansada de esperar, decidió arrojar algo de luz a su

misteriosa cita.

—Mire, no sé si usted sabrá algo. Pero había quedado aquí. Para un trabajo.

—Lo sé, Alice —dijo la anciana, sin cambiar su tono de voz—. Fui yo quien te hizo llamar.

Alice se sorprendió ante esta revelación, y la anciana respondió de manera afable.

—Sé que no soy lo que esperabas.

—No sé qué esperar —sentenció la chica.

La anciana sonrió amablemente por este comentario.

—A veces las apariencias engañan. Nadie diría que una joven como tú puede rebobinar el tiempo diez segundos. No me malinterpretes. Pareces lista, y con las ideas claras. Pero rebobinar el tiempo... eso son palabras mayores. Jamás me había encontrado un don similar al tuyo.

Alice comprendió que aquel aspecto frágil no era más que un cálido disfraz que ocultaba su verdadera naturaleza, fuese la que fuese.

—¿Cómo sabía lo que podía hacer?

La anciana se sacudió las manos para quitarse el polvo que había acumulado de su pequeña reforma, y cogió la fotografía.

—¿Acaso el talento de Miguel Ángel pudo pasar desapercibido? ¿Acaso el talento de Mozart quedó enterrado en la historia? Tu talento es único.

Alice nunca lo había visto de esa manera. Miguel Ángel y Mozart habían enriquecido al mundo. Ella tan solo se había enriquecido a sí misma.

—Puede que mi talento sea único, pero no está a la vista de todos.

—Tan solo es necesario saber dónde buscar. Hay que saber mirar más allá de lo evidente.

Alice hizo una breve pausa. Había llegado la gran pregunta.

—¿Para qué me necesita?

Como respuesta, la anciana alzó la fotografía con delicadeza y la colgó en el gancho. Se quedó absorta un instante en la imagen, y un halo de nostalgia se dibujó en su rostro, perdiéndose en el pasado. Tras ese fugaz momento, volvió al presente

—Antes de contestarte a eso, necesito que me acompañes.

La Anciana se marchó por el pasillo y Alice la siguió, dejando tras de sí aquella fotografía añeja. Una imagen que no había observado con suficiente detalle, ya que de haberlo hecho habría reconocido a una de sus protagonistas, una joven e idealista doctora alemana con un ojo de cada color, que se arrepentiría toda su vida de haber formado parte de aquel equipo.

La única que consiguió escapar con vida de aquel horror.

INTERROGATORIO

Alice siguió a la anciana hasta una sala de reuniones, y volvió a tener esa sensación de estar suspendida en el tiempo, de estar invadiendo un espacio que había sido abandonado hacía mucho. Aquel lugar estaba forrado de madera y lo presidía una gran mesa alargada, rodeada de varias sillas desfasadas. Pero había un objeto que desentonaba sobre el resto.

Sobre la mesa descansaba una pequeña y antigua caja de madera, en cuya superficie había sido tallada una escritura arcana, semejante a esas que había visto en los documentales del Canal Historia sobre Mesopotamia y las grandes cunas de la civilización. Desentonaba en todo aquel conjunto rancio y hortera, como si la hubiesen sacado de un museo y depositado en aquel lugar.

De repente, un movimiento sutil apartó su mirada de aquel objeto. Alice observó una esquina de la habitación, donde le había parecido ver moverse a alguien o algo. Esperaba que no fuese una rata, odiaba las ratas.

Al fijarse con más atención, comprobó con estupor que se trataba de una adolescente delgaducha, que se hallaba sentada en el suelo hecha una bola, temerosa de cruzar su mirada con Alice.

—Helen, quiero presentarte a alguien.

La anciana acababa de llamar por su nombre a esa chica

tímida y cohibida. Alice sintió que aquello era cada vez más raro, y se preguntó si había hecho bien en acudir a la cita. La anciana, por su parte, apartó una silla de la mesa. Helen se levantó sin despegar la vista del suelo y se sentó, como si aquel gesto de la anciana hubiese sido una clara invitación para ella. Tras esto, la anciana retiró una segunda silla, situada frente a la de la adolescente, y esta vez invitó a Alice a sentarse en ella.

—Tranquila, no te va a pasar nada —dijo la mujer. Alice obedeció, dispuesta a reaccionar ante la más mínima señal de peligro.

En cuanto estuvo acomodada, Helen alargó sus manos y cogió las de Alice, y entonces su actitud tímida e introvertida desapareció, dibujándose en su rostro una sonrisa amable y cálida. Alice empezó a sentirse extrañamente a gusto con ella, como si aquella adolescente que acababa de conocer fuese su mejor amiga, como si no pudiese ni quisiese tener secretos en su presencia.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —dijo Helen con un tono amable y seguro.

Alice sintió ante aquellas palabras una profunda paz y armonía, una confianza y complicidad que tan solo había tenido con su hermana.

—Sí, por supuesto —fue su respuesta. Y pese a que esa desmedida confianza tendría que haberle sonado mal, no lo hizo.

—Y supongo que no me engañarías, ni me mentirías para hacerme daño —afirmó la adolescente.

—Jamás haría nada que te hiciese sentir mal —respondió Alice con una sinceridad pura y libre de maldad.

—¿Por qué has venido? —preguntó Helen, sin dejar de mostrarse amable.

—Porque me han ofrecido un trabajo, y a cambio una cura para el don que me está matando. Tengo que hacerlo por mi hermana, no puedo dejarla sola.

La anciana observó esa profunda y verdadera confesión, pero prefirió guardar silencio, mientras Helen proseguía.

—¿Segura? —preguntó la adolescente, y Alice no pudo más que abrir su corazón a aquella chica que acababa de conocer.

—En realidad... tengo miedo de morir. No quiero hacerlo. Y aceptaré este trabajo para conseguir la cura. Me crees, ¿verdad?

Alice buscó en aquel instante la aprobación de Helen, como si su consentimiento fuese lo más importante en el mundo, como si aquella chica representase todo lo que le importaba. La anciana se mostró satisfecha por aquella respuesta, y habló a la joven delgaducha.

—Hemos acabado, Helen.

La adolescente obedeció y retiró sus manos. Su actitud amable y cálida desapareció, volviendo a imprimirse en su rostro la timidez que había demostrado minutos antes. Y al hacerlo, un mechón de pelo blanco se tiñó en su melena juvenil.

Helen volvió a agachar su vista hacia el suelo y se dirigió de nuevo hasta su rincón, para volver a hacerse una bola de timidez e inseguridad.

Alice empezó a salir lentamente de una especie de encantamiento, algo confusa por lo que acababa de suceder.

—¿Q-qué ha pasado? —preguntó, mientras aquel eco de calidez y confianza se esfumaba.

—Necesitaba asegurarme de que no escondías nada —respondió la anciana.

—Ha sido... siniestro, como si esa niña fuese mi única amiga, como si fuese la única a quien pudiese... a quien quisiese

abrirle mi corazón.

La anciana se mostró afable, y aclaró las dudas de Alice.

—No eres la única que tiene un don. Digamos que Helen consigue que la gente se sienta extremadamente cómoda con ella.

Alice, intimidada por lo sucedido, decidió que se había acabado la entrevista de trabajo.

—Creo que me he equivocado al venir aquí. Lo siento.

Tras esto se dirigió hacia la puerta, dispuesta a olvidar todo aquello. Pero la anciana aún no había dicho la última palabra.

—¿Vas a marcharte sin ver lo que puede ofrecerte? ¿Vas a dejar escapar una cura para lo que te está matando?

Alice sintió que aquellas palabras se clavaban en lo más profundo de su cabeza. La anciana se dirigió al estuche antiguo de madera situado sobre la mesa y lo abrió. Alice pudo comprobar que albergaba una única jeringuilla vacía, junto a una carga con un extraño líquido fluorescente. La anciana extrajo con sumo cuidado la carga y pinchó en ella la jeringuilla, absorbiendo la totalidad del líquido. Tras esto se dirigió hacia Helen, quien se remangó el jersey y extendió su brazo, como si ya hubiese realizado aquello muchas veces. Seguidamente, la anciana clavó la aguja en el brazo flacucho de la chica y el líquido fue introducido en su torrente sanguíneo. Y entonces, como si de causa y efecto se tratase, el mechón blanco que se había imprimido segundos antes en la adolescente desapareció por completo, recuperando su color original.

Alice estaba realmente sorprendida por lo que acaba de ver, necesitaba respuestas. Y sabía quién se las podría ofrecer.

Así que aprovechó que la anciana no estaba mirando y cogió la carga casi vacía que contenía el estuche, guardándosela con disimulo en el bolsillo de su chaqueta.

Cuando la anciana volvió a girarse, descubrió que Alice ya se había marchado. La frágil mujer se dirigió con tranquilidad hacia el estuche de madera y guardó la jeringuilla. Observó el hueco que faltaba, y sonrió complacida. Tras esto caminó hacia uno de los ventanales que daba a la calle, y pudo observar a Alice subiéndose en su moto.

—¿Qué tal ha ido?

Jones, el extraño del sombrero de ala ancha, acababa de entrar en la estancia, mientras paseaba el doblón de oro entre sus dedos.

—No quiero que hagas nada —dijo la anciana.

—¿Volverá? —preguntó Jones.

La anciana se alejó del ventanal, y observó el estuche con el hueco que había dejado la carga sustraída.

—Algo me dice que vamos a tener suerte.

Tras esto lo cerró y se marchó con él. Jones se mostró satisfecho por aquella broma cómplice y se quedó un instante observando el horizonte, sabiendo que ese día no sería necesario utilizar el doblón.

Esta vez la suerte seguiría su curso natural.

NIÑAS ROBADAS

Era de noche, y la comisaría se había quedado casi vacía. El silencio de una jornada tranquila se entrecortaba por el tecleo de un ordenador. El inspector Richard Medina había accedido a la base de datos de la policía, cotejando su contenido con las fotografías que había hecho a aquella chica de pelo canoso frente al edificio de exportaciones/importaciones Koslo.

Richard era joven, y pese a ello había ascendido con rapidez en la policía. Su rostro amable escondía una personalidad firme, que se guiaba por unos profundos valores morales. Su mirada segura y directa le confería un atractivo difícil de resistir, y muchas veces la utilizaba para conseguir la información necesaria. Vivía por y para servir, tal vez debido al trauma de haberse enrolado en el ejército, pensando que aquello le llevaría a hacer del mundo un lugar más seguro. Pero la realidad de la guerra le había golpeado de lleno en la cara, dejándole una llamativa cicatriz y un poso de tristeza.

La imagen de Alice no era la única que poseía sobre el caso. Sus investigaciones le habían llevado hasta aquel polígono abandonado, vigilando el movimiento de la gente que entraba y salía del edificio. Había retratado a la anciana, a Helen, a Jones, incluso a aquel extraño conserje. Todas aquellas fotos colgaban en un gran panel de madera situado tras él. A decir verdad, le había sorprendido lo extraño de aquel grupo, muy poco común

para tratarse de una banda de delincuentes.

Su investigación se había iniciado dos años antes, siguiendo las pesquisas de una desaparición. Se trataba de una niña de quince años llamada Brooke, hija de una familia acomodada de clase media. La última vez que la habían visto sus amigas fue a la salida del colegio privado donde estudiaba. Aseguraban que se le había acercado un extraño de mediana edad a hablar con ella, pero ninguna de las testigos era capaz de recordar con exactitud el rostro del mismo. Algunas decían que tenía la nariz aguileña y la frente ancha. Otras aseguraban que su cara era rechoncha y la nariz chata. Otras decían que tenía ojos azules, y otras que poseía ojos negros como un abismo. En lo que sí coincidían todas era en asegurar que habían sentido un profundo escalofrío al estar cerca de aquella persona, como si su rostro les recordase algo desagradable que no eran capaces de identificar, un recuerdo que no podían expresar con palabras. Aquel había sido el primero de una serie de datos inquietantes sobre la desaparición de la chica.

Tras esto el policía habló con los padres de Brooke. Ambos ejercían como abogados, y su hija era su más preciado tesoro. Habían intentado tener descendencia durante años, pero les había resultado imposible. Hasta que dieron con una clínica de reproducción asistida dirigida por una tal doctora Julia Hitschfeld, una alemana afincada en el país, quien les prometió que tendrían un bebé. Meses después de iniciar el tratamiento se obró el milagro, pese al diagnóstico que habían recibido de todos y cada uno de los especialistas que consultaron.

Brooke nació en un perfecto estado de salud, y se crió como una niña sana. Desde pequeña destacó en los estudios, convirtiéndose en una alumna aventajada. Pero a la edad de diez años algo extraño sucedió, según sus padres. Un día, mientras la

niña jugaba en el jardín de su casa, se cayó a la piscina. Sus padres estaban en la cocina y no escucharon nada. Y pese a ello sintieron que algo extraño pasaba. Ambos juraron haberlo percibido a la vez; de repente, una sensación de ahogo les había asaltado, como si sus pulmones se hubiesen llenado de agua. Al unísono, y sin decirse una sola palabra, corrieron hacia la piscina y se encontraron a la pequeña luchando por su vida. La sacaron y comprobaron que se encontraba en perfecto estado.

O casi. Porque un mechón blanco había aparecido en su melena. En cualquier otro momento sus padres se habrían preocupado por aquella repentina decoloración, pero el susto que sufrieron y el posterior alivio eclipsaron aquel hecho. Richard apuntó toda esta información como una anécdota más, achacándola a un recuerdo distorsionado por el trauma.

Tras interrogar a los padres, Richard siguió sus investigaciones sobre la desaparición de la joven, pero todo eran callejones sin salida. Tras varios meses infructuosos, tuvo que aceptar su derrota, y el caso quedó archivado.

Hasta que medio año después otro caso similar llamó su atención. Otra adolescente, llamada Miranda, había desaparecido tras visitar a su novio. Richard interrogó al chico, ya que sospechaba que se podía tratar de un caso de violencia de género. Por lo visto ambos habían discutido frente a unos amigos, y el chico había obligado a Miranda a marcharse a casa con él. Varios testigos confirmaron que habían vuelto a discutir en un parque cercano, y que finalmente el chico había abandonado a Miranda, volviéndose solo a casa. Esos mismos testigos afirmaron que la chica se había quedado sola en aquel lugar, llorando, hasta que se le acercó un tipo extraño de mediana edad. A Richard le sorprendió que ninguno de los tres testigos coincidiese en el retrato robot de aquel hombre. Uno

aseguró que era calvo y con perilla, mientras otro afirmó que tenía el pelo corto y un bigote pronunciado. Aquello volvía a coincidir con ese otro extraño que se había cruzado en el caso de la joven Brooke, algo que puso en alerta al policía.

Y no era el único dato en común.

Tras interrogar a los padres de Miranda, comprobó que la chica era hija única, una pequeña muy deseada tras años de intentos frustrados. La sorpresa del inspector fue mayor cuando descubrió que habían acudido, tras perder toda esperanza, a la clínica de fertilidad donde trabajaba la doctora Julia Hitschfeld. De nuevo aquella doctora se cruzaba en una investigación, y Richard decidió que debía investigar en esta línea, para descartar cualquier hipótesis por descabellada que fuese.

Así que al día siguiente acudió a la clínica, pero no pudo interrogar a la doctora. Le comunicaron que se había despedido años atrás. Pidió su dirección, pero al acudir a la casa que indicaba en su ficha se encontró con un solar vacío. Supuso que debían de haber demolido el edificio, pero al buscar en el catastro comprobó que aquel solar llevaba abandonado más de cuarenta años. Comprendió que aquella doctora había dado una dirección falsa. El caso estaba dando un giro inquietante.

Richard sentía que aquello tenía relación de alguna manera con las desapariciones, por muy loco que sonase. Así que decidió buscar más parejas que hubiesen dado a luz gracias a la doctora Hitschfeld. Y descubrió que estaba en lo cierto.

De las cincuenta parejas que se habían sometido a sus servicios, tres de ellas habían perdido a sus hijas en extrañas circunstancias, convirtiéndose en casos sin resolver. Y en todos ellos aparecía de nuevo aquel extraño indefinible, del que nadie era capaz de concretar un mismo rostro.

Puso en aviso a sus superiores, que no se lo tomaron en

serio. Nadie quería escuchar aquella teoría tan descabellada, y lo achacaron al ansia de Richard por cerrar el caso. Él, sin embargo, sabía que la clave estaba en aquella doctora, y en aquel extraño, y decidió focalizar todas sus energías en esa dirección.

Buscó cualquier dato o testigo que le pudiese llevar hasta Julia Hitschfeld, y descubrió que años atrás había trabajado en el campo de la investigación para una gran multinacional farmacéutica llamada Nexus. Tras darle largas varias veces, consiguió hablar con un responsable de la empresa. Por lo visto, la doctora había sido despedida tras descubrirse que falseó unos estudios clínicos. Pero la explicación no le pareció convincente. Pidió la colaboración de la empresa, pero tan solo obtuvo una negativa.

Días después sus superiores se reunieron con él y le pidieron que dejase de tocar las narices. No querían que la prensa, ávida de escándalos, relacionase a aquella empresa con las niñas desaparecidas. Alguien poderoso se había quejado de la mala publicidad que supondría, cerrando de un plumazo esa vía.

Tras esto, le asignaron otros casos, relegando su investigación a un segundo plano.

Hasta que recibió aquella extraña llamada.

Había estado toda la noche bebiendo junto a su compañera Laura Stone, acabando de nuevo juntos en la cama. Mantenían una relación esporádica desde hacía un año, sin ningún tipo de ataduras. Ninguno quería aferrarse a un compromiso, pero tampoco querían dejar de lado aquellos encuentros sexuales intensos y esporádicos.

Ese día Richard se había levantado sin hacer ruido, dispuesto a marcharse de casa de Laura sin desayunar. No se sentía cómodo en aquellos roles cotidianos de pareja, y prefería esquivarlos. Y entonces su teléfono sonó, despertando a su

compañera.

Richard maldijo por aquella inoportuna llamada y descolgó. Preguntó quién era, pero nadie respondió. Escuchaba la respiración de una persona al otro lado, y supuso que era algún gracioso. Hasta que su interlocutor habló.

—Importaciones/exportaciones Koslo. Busque a la anciana y encontrará a esas chicas.

Tras esto, el extraño colgó. La voz era la de un anciano, o eso supuso por su tono. Richard, perplejo por aquella nueva información, decidió seguir esa pista. Encontró aquel edificio abandonado, y a la anciana.

Tras un mes vigilando el lugar, consiguió reunir toda aquella información. Hasta que Alice se cruzó en su camino. Su cabello prácticamente blanco le recordó aquello que le habían contado tiempo atrás los padres de Brooke, lo sucedido en la piscina. Así que cogió la fotografía que le había hecho, y la observó con atención. Tal vez ella fuese la pieza clave del rompecabezas.

—Es guapa —dijo una voz femenina.

Richard levantó la vista y se encontró con su compañera Laura Stone. Era una mujer de rostro duro, pero atractiva. Pese a vestir formal, lo hacía con un estilo particular, lo que le imprimía carácter al conjunto.

—Sí, lo es —respondió Richard con una sonrisa amable.

—Me voy. ¿Te vienes?

Hacía varias semanas que no mantenían ninguno de sus encuentros sexuales esporádicos, y Laura los echaba de menos. Se engañaba a sí misma asegurándose que aquello era puramente físico, pero en su interior se estaba despertando la llama del compromiso. Richard sabía lo que significaba aquella invitación, pero quería terminar su informe.

—Ve tirando. Me quedo cinco minutos más.

Laura sabía que nunca eran cinco minutos.

—Siempre dices lo mismo y acabas saliendo a las mil. Venga, te invito a una birra.

Aquella proposición era tentadora, pero su deber como policía se imponía siempre.

—Importaciones/Exportaciones Koslo es una empresa fantasma que blanquea dinero. Tal vez de un lobby, o un cártel. Hay algo gordo detrás.

—Eso son solo teorías.

Por supuesto que lo eran. Pero tal vez detrás estuviese la respuesta a aquellas desapariciones. Aquellas niñas se habían esfumado del mundo, como si las hubiesen abducido. Debía hacerlo por ellas.

—Tengo la matrícula de una moto.

—Genial. Caso cerrado — respondió Laura con ironía.

Richard se rió. Le gustaba el sentido del humor de su compañera, ese poso de visión cínico con el que observaba el mundo.

—Es de una tal Alice Smith, que ha visitado la empresa. Hace años que no declara impuestos, ni tiene tarjetas de crédito a su nombre. Sin embargo paga rigurosamente la mejor clínica privada a su hermana tetrapléjica. Es como mínimo sospechoso.

Laura no pudo más que aceptar que aquello era sospechoso. Pero aún así sabía que existían miles de explicaciones al respecto.

—Puede que trabaje en negro. Es ilegal, está mal, pero no por eso vas a detenerla.

—Sé que hay algo más —dijo Richard, convencido—. Sus padres murieron en un accidente de coche, el mismo que dejó inválida a su hermana.

—La vida puede ser muy perra.

—Sí, pero decidí seguir una corazonada. ¿Y sabes lo que encontré?

—Sorpréndeme.

—Los padres de la chica... acudieron a una clínica de fertilidad. ¿Te imaginas cuál?

—¿Otra vez con lo de esa doctora? Tal vez sea casualidad.

—No creo en las casualidades —aseguró Richard.

Como respuesta, Laura se sentó seductora en la mesa de Richard, cruzando las piernas de aquella manera que tanto le excitaba. Podía ser muy persuasiva.

—Vale, puede que tengas razón. —Laura sonrió, tentadora—. Pero nada te impide seguir pensando en el caso con una birra de por medio.

Tras esto se acercó aún más, acariciando sensual y furtivamente a Richard, mientras le susurraba al oído.

—O tal vez podríamos pasar de la birra.

Laura besó a Richard, y éste se perdió en sus labios. Tal vez Alice fuese la llave que resolviese aquel caso. Ese cabello blanco era la señal que necesitaba.

Pero no sería esa noche. Esa noche, se perdería en el cuerpo desnudo de su compañera.

JURAMENTO HIPOCRÁTICO

El pequeño de ocho años observó el estetoscopio acercándose a su cavidad torácica. Al entrar en contacto con su piel, el frío metálico le provocó un ligero repelús. Tuvo el impulso de apartarse, pero la mano cálida y amigable de Julia, la doctora de mediana edad que le estaba atendiendo, así como su sonrisa reconfortante, fueron un bálsamo que le tranquilizó mucho más que cualquier chocolate caliente.

—Respira hondo —dijo la doctora con su voz segura y su sutil acento alemán, mitigado por los años que había vivido alejada de su país.

El pequeño hizo caso, y Julia escuchó atentamente, descifrando las pistas sonoras que aquellos bronquios podían ofrecerle.

—Vuelve a respirar —dijo de nuevo, y el pequeño obedeció otra vez. Mientras aguantaba el aire, se fijó en el cabello canoso de su examinadora, propio de su edad. Le recordó a esas mujeres entrañables que aparecían en los anuncios de chocolatinas, entregando deliciosos dulces a cambio de afecto. Contempló también la placa que colgaba de su bata, y en la que pudo leer con dificultad el nombre de aquella mujer tan amable y atenta: *Doctora Julia Rotter, pediatra*. Pero lo que más le llamó la atención fueron los ojos de aquella doctora. Cada uno era de un color distinto; el izquierdo poseía un azul oscuro y profundo,

mientras que el derecho tenía un poderoso color verde esmeralda.

—Ya está, cariño —dijo Julia, mientras colocaba bien la camiseta del niño. Tras esto, le ayudó a bajar de la camilla y le acarició la mejilla.

—¿A que no estaba tan frío?

El pequeño no opinaba lo mismo. A decir verdad, aquel había sido el objeto más frío que había tocado su cuerpo, si no tenía en cuenta aquella vez que había intentado chupar el hielo del congelador. Sin embargo, la promesa de una piruleta le hizo asentir.

Julia sonrió divertida. No era el primer niño que le mentía. Todos y cada uno lo hacían tras saber la recompensa que les esperaba. Sus años de experiencia como pediatra le habían enseñado a reconocer las ligeras muecas y expresiones que se formaban en los rostros de aquellos pequeños seres, otorgándole un don para entenderlos sin necesidad de preguntas. Sabía con un simple vistazo reconocer desde frustración a alegría, angustia o duda.

—Está todo bien —dijo esta vez a la madre del pequeño—. No tienes por qué preocuparte.

La madre mostró un profundo alivio. Julia era la mejor pediatra que un pequeño podía tener. Podría haberse dedicado a la sanidad privada, atendiendo a niños ricos. Y sin embargo allí estaba, en una humilde clínica de barrio, ayudando a aquellos que tan solo podían pagar con desesperación y hambre. Por supuesto, aquella mujer no conocía el pasado oscuro de Julia ni todos los horrores que había llevado a cabo.

—Nos vemos el jueves, renacuajo —dijo la doctora, y el niño se despidió con una gran sonrisa mientras disfrutaba de su dulce recompensa, en forma de piruleta.

Tras cerrar la puerta, Julia se dirigió a su mesa y tecleó los últimos datos en el historial del pequeño.

Y entonces la puerta de la consulta se abrió.

—Un momento, un momento, en seguida le atiendo —dijo la doctora, mientras intentaba acabar su labor. Sin embargo, la puerta no volvió a cerrarse, y percibió que su nuevo paciente seguía en la consulta, ajeno a su demanda. Decidió transmitir su petición de nuevo con amabilidad, pero al levantar la vista del ordenador cualquier rasgo de empatía o dulzura se borraron de su rostro, y su voz se tornó seca y cortante.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta iba dirigida a Alice, que aguardaba frente a ella, sujetando el casco de su moto.

—Yo también me alegro de verte —dijo la chica, sin ningún atisbo de amabilidad.

—Vete —sentenció la doctora.

Alice no obedeció. En su lugar, sacó del bolsillo de su chaqueta la recarga que había robado de su encuentro con la anciana, y se la enseñó a Julia.

—Creo que te va a interesar —dijo la chica, mientras sostenía aquel pequeño frasco vacío con restos del líquido brillante. La doctora observó atentamente el tubo, intrigada por esa aparición de un pasado que había intentado olvidar.

Media hora después, Julia seguía sin entender qué era aquello que Alice le había pedido analizar. Lo observaba a través de su microscopio, intentando desentrañar su valor. Debía de ser algo importante para que la chica hubiese vuelto a su vida después de tantos años.

—¿Qué se supone que estoy analizando? —preguntó, intentando arrojar luz al asunto.

—Eso esperaba que me dijese —respondió Alice—. Creo

que es una posible cura. O un tinte milagroso.

Julia se mostró sorprendida por esta afirmación, pero su faceta de científica le impidió apartar la vista del microscopio.

—¿Por qué yo? —preguntó la doctora, aunque intuía la respuesta.

—Porque fuiste tú la que me mostró que me estaba muriendo.

Julia apartó su vista del microscopio, cogió la recarga que descansaba sobre la mesa y se la entregó a Alice.

—No puedo ayudarte. Deberías haber acudido a otra persona.

—No tengo a nadie más en quién confiar.

Su afirmación fue como una losa para Julia. La palabra confianza había dejado de tener sentido entre ambas.

—Desapareciste sin dejar rastro. Pensaba que habías muerto.

Julia recordó aquellas noches en vela, todo aquel tiempo buscando en internet noticias sobre chicas que eran encontradas muertas en descampados y cunetas, rezando para que no fuese una de ellas. Rezando para que ellos no la hubiesen localizado.

Alice era consciente de lo que había sufrido Julia con su desaparición, pero su marcha no había sido voluntaria. Y jamás habría vuelto de no necesitarla.

—Lo siento. En serio. Tienes que ayudarme.

Julia intentó calmarse. Sus sentimientos no podían nublar a la científica que llevaba dentro.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó la doctora, temerosa de que aquel suero fuese un cebo que los llevase hasta ella.

—Me lo ofreció una gente muy rara. A cambio de un trabajo.

—¿Qué gente? ¿Qué trabajo? —preguntó de nuevo, sospechando quién podía estar detrás de todo aquello.

—Ni yo misma lo sé.

Julia, harta de tanto secretismo, y temiendo que todo aquello fuese una trampa, se dirigió a la puerta y la abrió, invitándola a marcharse de su vida.

—Adiós.

—Por favor...

—He dicho que adiós.

Alice estaba desesperada. No podía permitir que aquello acabase así.

—Si no me ayudas acabaré muerta como tu hija.

Al escuchar esta frase, Julia sintió una puñalada en el corazón. Alice comprendió lo vil de su argumento, e intentó dar marcha atrás.

—Lo siento. No quería.

Julia recuperó la compostura, intentando sobreponerse a todo el dolor que le provocaba recordar a su pequeña.

—No pasa nada —dijo respirando profundamente. Tras un momento de silencio, volvió a coger el frasco y tomó una decisión.

—De acuerdo, te ayudaré. Conozco a gente que podrá analizarlo y decirme qué es.

Aquella frase se convirtió en un halo de esperanza para Alice. Se dirigió al escritorio de la consulta, agarró un bolígrafo y papel y apuntó su número de teléfono.

—Llámame en cuanto sepas algo.

Tras esto, Alice se dirigió a la puerta de la consulta. Antes de salir, se giró por última vez y habló a la que años atrás había sido su única amiga y confidente.

—Muchas gracias. Eres la única en la que puedo confiar.

Tras marcharse, Julia se quedó un instante mirando la nada, bañada por la luz de los fluorescentes. Segundos después, abrió la carcasa de su móvil y extrajo la tarjeta pin que contenía, luchando contra su pulso tembloroso. Tras esto, abrió el cajón de su escritorio y cogió otra tarjeta pin que introdujo en el móvil. Marcó un número y esperó mientras sonaba el tono. Unos segundos después alguien descolgó al otro lado, limitándose a guardar silencio. La doctora respiró hondo y habló de manera clara y contundente.

—La anciana ha encontrado a Alice. Tengo algo para vosotros.

Tras unos instantes de silencio, su interlocutor colgó. Julia observó aquel frasco que se suponía podía ser una cura, y contempló los restos del líquido fluorescente, sintiéndose culpable por todo lo que había provocado, y por lo que estaba a punto de hacer.

Sintiendo que aquello podía significar la muerte de Alice.

EL GRUPO

Alice observó a su alrededor, y comprobó que se encontraba de nuevo frente al coche volcado de sus padres. Había vuelto a ese pasado traumático, reviviendo aquel instante que lo había cambiado todo. Seguía sujetando en sus brazos a la pequeña Lucy, aún inconsciente, cuya melena tapaba su rostro de una forma siniestra. La pesadilla se volvía a repetir.

Y allí, dentro del coche, su padre y su madre se derretían por el calor en una lenta agonía. Esta vez tampoco gritaban, se limitaban a arder. Hasta que ambos giraron su rostro, mirando a Alice sin un ápice de emoción.

—Fue por tu culpa. Tú nos mataste.

Pese a haberlo soñado con anterioridad, Alice sintió de nuevo aquella presión terrible en el pecho. De nuevo buscó el refugio de un rostro amable, el de su hermana, escondido bajo toda aquella cabellera rubia. Volvió a luchar desesperadamente por encontrar esa mirada amiga, esos ojos dulces e inocentes. Retiró el pelo con más y más fuerza, mientras aquella terrible bola de fuego engullía todo a su alrededor.

Y por fin consiguió retirar toda aquel cabello, y de nuevo descubrió que aquella que sujetaba no era su hermana.

El rostro de la inocente Lucy se había convertido en aquel ser putrefacto. Los dedos de Alice se hundieron de nuevo en

aquella carne corrupta, de la que brotaron cientos de gusanos nauseabundos, trayendo consigo el hedor de la muerte.

Y entonces, aquel extraño ser habló.

—Pronto serás mía... Nos convertiremos en uno.

Tras esto, el cuerpo infantil de Lucy sufrió una combustión espontánea y ardió en los brazos de Alice. La chica gritó al sentir el fuego extendiéndose por sus extremidades, trepando por todo su cuerpo hasta que la devoró por completo.

Y de nuevo se despertó envuelta en sudor, con la respiración entrecortada.

De nuevo aquella maldita pesadilla. ¿Qué significaba? Había empezado a soñar con ese ser tras la visita de Jones. ¿Tendría algo que ver en todo aquello? Fuese como fuese, había decidido que aceptaría la propuesta de trabajo. Si Julia confirmaba que aquel extraño líquido fluorescente era una especie de cura, no quería perderlo de vista. Y la única manera de asegurarse de ello era aceptando la propuesta de la anciana.

Así que unas horas después llegó decidida hasta aquel viejo edificio en el que rezaba Exportaciones/Importaciones Koslo. Pasó por al lado del conserje, y esta vez no se detuvo.

—Ascensor al fondo. Planta dos. Lo sé.

El conserje levantó la vista de su crucigrama un segundo.

—No. Vaya al almacén. Al fondo a la derecha. El resto del grupo llegará en breve.

Alice se quedó perpleja por esta información. Quiso preguntar, pero aquel extraño guardián ya había vuelto a zambullirse en su divertimento.

Media hora después Alice seguía esperando en el almacén que le había indicado el conserje. Estaba claramente en desuso, y se había convertido en un cementerio de maquinaria industrial abandonada. Todo tenía una gruesa capa de polvo, y dudaba de

que nadie se dignase a quitarla.

En el centro de la sala habían colocado varias sillas en círculo. Alice había escogido una al azar, sentándose en ella. El resto de asientos vacíos le hizo suponer que conocería a los demás implicados en aquel trabajo, del que aún no poseía ninguna información.

Tras diez minutos más de profundo aburrimiento, el silencio que reinaba en el almacén fue interrumpido por los tacones de una chica de unos veinte años. Caminaba decidida hacia las sillas, contoneando su esbelta y delgada figura, como si en lugar de entrar en un almacén polvoriento lo estuviese haciendo en una fiesta, y quisiese atraer la mirada de todos los presentes.

Al llegar al círculo de sillas pudo haber elegido cualquiera, pero en lugar de eso se sentó junto a Alice, invadiendo su espacio personal.

—Puede que tengamos que trabajar juntas, pero no me gustas.

Alice miró a aquella chica como si fuese una lunática.

—Esto... vale.

La chica se acercó un poco más a Alice, casi a un centímetro de su rostro, y le habló en un tono seguro y juguetón que mezclaba amenaza y seducción.

—Tal vez Jones haya visto algo en ti, pero no vas a estar a su altura.

—¿Jones? ¿El que parece un malo de James Bond?

—No te hagas la tonta. Jones es mío.

Alice estaba perpleja por aquella primera presentación. Eso sí que era empezar con mal pie en una empresa. Aún así, no se dejó amedrentar.

—Tía, esa actitud de *femme fatal* solo funciona en las pelis en

blanco y negro.

La chica se acercó más a Alice, desafiante. Pero ella no se retiró, no pensaba ceder un milímetro.

—¿Vas a besarme? —dijo Alice, sin mostrar duda o miedo.

El momento fue interrumpido por Jones, que entró en la sala jugando con su doblón entre los dedos.

—Veo que ya os habéis presentado. Ella es Francesca.

Alice decidió que ya bastaba de tonterías adolescentes, y se retiró de su contrincante.

—¿Qué le pasa a ésta?

Quien respondió no fue Jones, o Francesca, sino un chico delgado y enclenque, de unos veinticinco años, con gafas de empollón y algo encorvado, que acababa de entrar en la sala.

—Es del comité de bienvenida —dijo con un tono divertido y amable—. No se lo tengas en cuenta. Es así con todo el mundo.

Seguidamente alargó la mano para presentarse.

—Encantado. Soy el Aprendiz.

Alice le devolvió el saludo, convencida de que todo aquello era una gran broma.

—Y yo la becaria.

El Aprendiz se sentó en su silla.

Finalmente apareció la anciana, caminando lentamente. Venía acompañada por un hombre bajito y rechoncho de unos cuarenta y poco años, totalmente calvo, vestido con un traje impoluto, luciendo un bigotito algo rancio y un rictus de seriedad. Parecía una especie de guardaespaldas, o tal vez un mayordomo, siguiéndola siempre un paso por detrás, sin perder las formas.

Finalmente aquella diminuta mujer llegó hasta las sillas y se sentó, mientras el extraño del bigotito se quedaba de pie a su

lado. Tras esto miró a Francesca, al Aprendiz, a Jones y a Alice, y esbozó una sonrisa.

—Me siento muy feliz de ver tanto talento junto. Todos con un don único y diferente al resto. Dispuestos a trabajar en equipo.

Alice decidió ser la primera en hablar, pese a que no le habían dado ningún turno de palabra.

—Ahora solo queda averiguar cuál es el trabajo.

—Un código —dijo la anciana.

—¿Un qué? —preguntó Alice, que creía haber entendido mal.

—Ya lo sé —dijo Francesca—, tu don es obligar a repetir las cosas veinte veces.

—Y el tuyo ser una zorra insufrible —respondió Alice.

Francesca señaló al hombre del bigotito que aguardaba de pie al lado de la anciana, y miró amenazante a Alice.

—Si no estuviese aquí el Anulador te enterarías...

—No te serviría de nada —dijo el Aprendiz—. Tu don solo funciona con tíos.

Francesca se levantó de su silla y se sentó junto al Aprendiz, quien se mostró tenso e incómodo por la cercanía.

—Pues te obligaría a darle una paliza a la novata —dijo la chica.

El Aprendiz tragó saliva, y respondió.

—No funcionaría conmigo.

—Tienes razón —dijo Francesca, y se apartó—. Mi don solo sirve con tíos, no con críos. ¿Por qué no usas tu don para copiar a un hombre de verdad?

El Aprendiz, pese a mostrarse nervioso e inseguro, se levantó y se encaró a Francesca, quien aceptó el desafío. Alice observó a ambos, sin poder creerse la locura en la que se había

metido. Aquella era la primera peor reunión de trabajo de la historia, y seguramente acabaría en una pelea. Pero Jones no opinaba lo mismo.

Sin decir una sola palabra, lanzó su doblón al aire, y este cayó sobre su mano. Lo tapó con la otra palma y aguardó en silencio.

Francesca y el Aprendiz se mostraron intimidados ante este gesto, y por un momento detuvieron su pelea.

—¿Queréis que os demuestre mi poder cuando se vaya el Anulador? —dijo, mientras mantenía escondido su doblón.

—Lo siento, Jones —respondió el Aprendiz, asustado por lo que pudiese suceder si levantaba la palma de la mano.

Francesca intentó mostrarse dura, aunque Alice pudo ver que estaba muerta de miedo por aquel gesto. Acató la orden de Jones y se sentó.

—Tampoco hay que ponerse así —dijo la chica—. Era una broma.

La Anciana sonrió, divertida por el momento.

—Si queremos que el plan tenga éxito, debemos dejar de lado nuestras rencillas personales.

Tras esto miró fijamente a Alice, casi como si aquel comentario fuese por ella. Alice tenía muy claro lo que buscaba, y fue tajante.

—Haré lo que sea para conseguir lo que me ha prometido.

La anciana se mostró complacida.

—Eso está bien. Recordad que solo trabajando como un equipo conseguiremos nuestro objetivo.

—Un código —repitió Alice, para asegurarse que había escuchado bien.

—Exactamente. Un código.

—Y supongo que ese código se encuentra en una caja

fuerte o un lugar similar.

—Más o menos —dijo la anciana. Y se señaló a su sien—. Se encuentra en la cabeza de una persona.

Alice se quedó perpleja por esta información. Aquello mejoraba por momentos.

FLORES MARCHITAS

Julia retiró unas flores marchitas de una lápida, cuya tristeza traspasaba el material del que estaba hecha y empañaba el conjunto de un tono gris plomizo. Sobre su superficie había escrito un nombre sin apellidos en letras doradas y algo recargadas, *Andrea*, que la doctora acarició mientras colocaba unas flores nuevas. Aquel lugar era su único vínculo con el pasado, y sabía que si la Organización lo descubría darían con ella. Por eso se había preocupado de trasladar la tumba original de su pequeña a ese otro cementerio, utilizando una identidad falsa. No estaba dispuesta a que el lugar de reposo de su hija acabase abandonado y solo, sin nadie que recordase su memoria. Su dulce y adorada Andrea. Ellos se la habían arrebatado. Y lo pagarían.

Julia no siempre había deseado tener descendencia. A decir verdad, con veinticinco años lo veía como un obstáculo en su ambiciosa carrera profesional. Desde pequeña había querido dedicarse a la investigación médica, tras asistir a la dolorosa y lenta muerte de su madre a manos de una fulminante enfermedad hereditaria para la que no había tratamiento alguno. Ella también la llevaba en sus genes, pero por suerte aquel mal había saltado una generación. De su predecesora tan solo había heredado aquellos ojos de distinto color, cargados de una fuerza y coraje únicos.

Aún sin finalizar sus estudios, ya había llamado la atención de sus compañeros de profesión. Y no para bien. Su tesis sobre el proceso de envejecimiento y la posibilidad de revertirlo, basado en el estudio de la enfermedad de su madre, aterrizó en la comunidad científica con una mezcla de escepticismo y sorpresa. Muchos la tildaron de charlatana e ingenua, y otros se negaron a creer lo que Julia proponía. Su edad, unida al hecho de ser mujer, le granjeó el odio de una comunidad científica dominada por hombres mayores, que no estaban dispuestos a escuchar a los jóvenes.

Y entonces apareció aquella anciana.

Fue tras un simposio donde buscaba sin éxito financiación para sus investigaciones. Aquella señora menuda y frágil se acercó a Julia tras finalizar la charla, atravesando una marabunta de hombres trajeados que murmuraban entre ellos y se negaban a creer sus evidencias. La anciana se presentó como portavoz de Nexus, una farmacéutica que había sido relacionada con algunos episodios oscuros de experimentación humana en el tercer mundo, y que mantenía vínculos opacos con el ejército. Julia sabía que aquella multinacional tenía una mala reputación más que merecida. No obstante, fue la única que se ofreció a pagar sus estudios y la que inició su prometedora investigación.

Tres años después, Julia se había convertido en un pilar de la empresa. Su investigación había dado jugosos frutos, desde cremas anti-edad milagrosas hasta medicamentos para la quimioterapia que eliminaban de manera más eficaz las células cancerígenas, además de otros productos destinados al uso militar con fines menos nobles. Pero Julia se engañaba a sí misma, quería creer que todo el bien que hacía compensaba esa parte oscura de sus investigaciones. Por desgracia, aquello por lo que había luchado, una cura para lo que había matado a su

madre y que podría revertir su enfermedad, todas las enfermedades, se le resistía.

Fue durante esta época cuando entró en contacto con otro eminente científico, el profesor François Bacquer. Franco-inglés, provenía de una acomodada familia de médicos, y pese a ello había decidido dejarlo todo para ayudar en misiones humanitarias, especializándose en enfermedades infecciosas, pero aportando un enfoque desde la genética. François pensaba que el mundo estaba condenado a vivir con esas enfermedades, pero no así sus descendientes. Ellos podían nacer inmunizados contra todo aquello, a través de una reescritura de parte de sus genes. Sus revolucionarios métodos habían provocado el escándalo de sus compañeros, y a la vez llamado la atención de la anciana, que lo fichó y decidió que trabajaría bajo las órdenes de Julia.

Juntos llevaron a cabo una fructífera y productiva carrera profesional, pero aún así su investigación se resistía.

Hasta que la anciana les hizo el más preciado regalo.

Un día les ofreció una extraña muestra de sangre, cuyo origen jamás reveló. Tras analizarla, Julia y François observaron atónitos que aquello que tenían delante contenía una misteriosa cadena de ADN incompleta, pero a la vez única. Su estudio reveló datos asombrosos que, unidos a sus investigaciones, completaron el puzle. Cuatro años después de aquel hallazgo, el proceso culminó con el nacimiento de la pequeña Andrea.

El proyecto se llevó en secreto. Nexus seleccionó varias clínicas de fertilidad, donde Julia supervisaría la inseminación de óvulos tratados con su proceso experimental. La idea era engendrar niños libres de enfermedades, cuyos genes estuviesen preparados para combatir los males presentes en el mundo, reescribiéndose para liberarlos de las enfermedades que

intentasen atacarles. Pese a que los métodos eran algo oscuros, tanto Julia como François acabaron aceptando. Aquello podía suponer una revolución para la humanidad, y no podían permitir que su trabajo se perdiese. Las madres de los pequeños no sabrían nunca nada, tan solo disfrutarían de unos hijos que no enfermarían.

El proyecto fue un éxito. Aquellas madres dieron a luz niños y niñas sanos, que crecieron sin problemas. Julia se encargó de controlar su evolución, y los resultaron fueron mucho mejores de lo que esperaban. Mientras todo esto sucedía, Julia y François entablaron una relación más que profesional. Un día, Julia planteó a François la posibilidad de tener un hijo. Ambos sabían de la enfermedad hereditaria de la doctora, pero sus investigaciones habían demostrado que su pequeño podría nacer liberado de cualquier mal.

Así que seleccionaron uno de sus óvulos, y lo sometieron a su revolucionario tratamiento. Y nueve meses después nació Andrea.

La pequeña vino al mundo libre de esa enfermedad que había acabado con la vida de la madre de Julia, y que la doctora transportaba en sus genes. Así como de cualquier otra, ya que esos mismos genes estaban diseñados para reescribirse y proteger al anfitrión. Lo único que heredó de Julia fueron aquellos dos ojos de distinto color, tan característicos, algo que François interpretó como un buen augurio. Si además de aquella particular mirada había heredado el espíritu de su madre, sería una personita valiente y fuerte. Y no se equivocó. La dulce Andrea creció sana y feliz, convirtiéndose en el motor vital de François y Julia. Ella era la prueba de su éxito tanto personal como profesional.

Hasta que se la arrebataron.

Julia recibió una llamada mientras se hospedaba en Berlín, a donde había viajado para dar una charla. Si todo iba bien, haría partícipe al mundo de su descubrimiento. Pero faltaban unas horas, así que decidió pasear. Aquella ciudad la había visto crecer, allí se encontraban sus raíces, y Julia sintió algo parecido a la nostalgia. Recordó su niñez con los estertores de un comunismo que se derrumbaba sobre sí mismo, y la caída de aquel muro de odio y vergüenza. Esto le hizo reflexionar sobre todo lo que había avanzado el mundo en las últimas décadas, y el salto que pegaría tras sacar a la luz sus investigaciones.

Pero antes de entrar a la charla, recibió aquella fatídica llamada. La anciana le comunicó que François y su hija habían muerto en un accidente de coche, calcinados. Julia sintió que su mundo se derrumbaba como aquel muro, y decidió volver a su hogar.

Tras el funeral, en el que ni tan siquiera pudo ver los cuerpos debido a su estado, Julia se sumió en una profunda depresión. Se negaba a creer lo que había pasado, no podía aceptar que ya no estuviesen con ella.

A este hecho le siguieron dos años de soledad, en los que Julia se centró en sus investigaciones, tal vez para combatir ese profundo vacío que había quedado en sus entrañas. Su vida se limitaba a levantarse, ir a trabajar, volver a casa, ver las noticias y acostarse. Esa monotonía le aportaba algo de paz, unido a los ansiolíticos a los que se había vuelto adicta.

Una tarde, al volver del trabajo, encendió como siempre el televisor, mientras calentaba en el microondas un plato precocinado. Habría sido un día más, pero una noticia del informativo llamó su atención.

Un terrible accidente había conmocionado a todo un barrio. Julia dejó lo que hacía y observó las imágenes, ya que las caras

de los fallecidos le resultaban familiares. Y entonces lo comprendió. Aquellos eran los padres de uno de los niños cuyos óvulos habían sido alterados en la clínica de fertilidad. Subió el volumen del televisor y escuchó con más atención.

Según informaban, una explosión de gas había destruido parte del edificio, acabando con la vida de varios vecinos, entre los que se encontraban una pareja de ancianos, un joven estudiante y una familia, formada por los padres y la pequeña hija de ambos. El edificio había sido desalojado por seguridad, y se llevarían a cabo medidas para albergar a los damnificados. Aquella noticia le recordó al accidente que habían sufrido François y Andrea, y no pudo más que sentir una terrible desazón en el cuerpo.

Al día siguiente acudió al velatorio, pero descubrió que no había cuerpos que velar. Según los peritos, se habían volatilizado por el fuego, y tan solo quedaron unos pocos restos. Julia vio un extraño esquema en lo que había sucedido, y en lo que le había pasado a su familia, pero pensó que tan solo era una casualidad.

Pero la duda le carcomía, y decidió indagar un poco más. Buscó información sobre el caso de esa familia, y comprobó que el nombre de la pequeña figuraba en una investigación restringida, llamada *Mutación blanca*. Siguió tirando del hilo y descubrió que otros tres niños tratados por Julia aparecían junto a ese extraño nombre: *Mutación blanca*.

Y entonces vio el nombre de su hija. Y sintió que su mundo daba un vuelco. Tras varios meses recopilando información, llegó a la conclusión de que el ala militar de Nexus había estado siguiendo de cerca a los niños de su proyecto. Aquello le llevó hasta unas instalaciones situadas en las afueras de Londres. Usando su poder en la empresa consiguió acceder al recinto,

justificando que formaba parte de aquella investigación. Una vez dentro, comprobó que sus investigaciones habían sido monitorizadas con un fin menos noble que el de crear niños sanos y felices.

Y entonces fue cuando le encontró, encerrado en aquella celda, donde se había podrido durante años. Al verlo sintió terror, pero decidió ayudarlo. Fue ahí donde firmó sin saberlo su propia sentencia de muerte, esa que le obligaría a esconderse a partir de entonces.

—La muestra es positiva. Es el fluido vital del paciente cero.

Julia volvió de esos recuerdos de un pasado remoto hasta el cementerio donde se encontraba. Al girarse, descubrió a su interlocutor, una silueta misteriosa que aguardaba tras la sombra que proyectaba un viejo mausoleo. El extraño extendió su mano, ofreciéndole los resultados.

Julia se acercó y los cogió. Seguía sin acostumbrarse al aspecto de quien tenía delante, de ese cautivo al que había liberado y que se había convertido en su aliado.

—No puedo seguir con esto —dijo la doctora—. Alice podría morir.

Como respuesta, el extraño surgió de las sombras, revelando su verdadero rostro.

O la falta de uno.

Ya que su aspecto no dejaba de mutar, como si su cara fuese unas arenas movedizas donde boca, nariz, ojos, cejas, todo mutase transformándose y convirtiéndose en un nuevo rasgo, en un baile sin fin.

—No puedes abandonar —dijo aquel ser—. No ahora que estamos tan cerca.

La doctora dudó un instante, e intentó justificarse.

—No pueden volver a repetir el experimento sin mi ayuda. *Mutación blanca* está muerto sin mí.

—Pero siguen quedando todos esos niños y niñas que creaste —dijo aquel ente—, y la Organización no descansará hasta encontrarlos. Cuando les curemos, ya no los necesitarán.

Julia sabía que era cierto. Una vez perdiesen su don, la Organización dejaría de sentir interés por ellos.

—Por eso tienes que permitir que Alice siga adelante —dijo de nuevo aquella rareza de mil rostros—. Ella nos llevará sin saberlo hasta el ser que alberga ese líquido vital, hasta ese paciente cero. Y una vez lo encontremos, lo mataremos. Y les liberaremos. Me liberarás.

Julia guardó silencio, sopesando la decisión que debía tomar. Si acababan con aquel ser, la mutación se borraría por completo, desapareciendo de todos aquellos que la llevaban en sus entrañas.

—Debes hacerlo. Por tu hija —sentenció el extraño.

Julia observó la lápida de su pequeña y dulce Andrea. Alice se había convertido en una especie de segunda hija para ella, y si seguía adelante podría morir. Pero también podría llegar hasta el portador de ese líquido vital. Si lo mataban, toda esa pesadilla acabaría para siempre.

Así que la doctora tomó una decisión. Al girarse para responder, descubrió que el extraño se había esfumado. Observó a su alrededor, y vio a varias personas que velaban distintas tumbas. Supo que podría ser cualquiera de ellos, o tal vez ninguno. Así que retiró las flores marchitas que quedaban en la tumba, y juró que su hija encontraría descanso.

Lo que Julia no sospechaba es que su hija jamás había estado dentro de aquel ataúd. Ni en ningún otro.

11 CAFEÍNA

Otra vez repasando el mismo plan. Alice estaba harta de ensayar en aquel almacén una y otra vez junto al resto, guiados por la atenta mirada de la anciana. Se sabía de memoria el plano del hotel, los horarios e incluso los pequeños detalles que vestirían de verosimilitud su falsa identidad de camarera. La constante repetición le llegó a aburrir, convirtiéndose en un pequeño suplicio. Además nunca había trabajado para nadie, siempre iba por libre, y el hecho de tener una jefa, por muy rara que fuese, le provocaba una especie de claustrofobia.

Y por si fuese poco estaba Francesca.

La chica no ocultaba el odio que sentía por Alice, y Alice no hacía lo más mínimo por intentar caerle bien. Por desgracia, ambas estaban obligadas a entenderse hasta que el robo se llevase a cabo.

Francesca y Alice debían infiltrarse en un lujoso hotel, vestidas de camareras. Jones las acompañaría como apoyo. Una vez dentro, tenían que llegar hasta su objetivo, que se alojaría en la habitación setecientos cinco. Debían hacerlo sin levantar ningún tipo de sospecha, o todo el plan se desactivaría. Era por eso que tenían que hacerse pasar por las camareras de aquel sitio.

Una vez entrasen en la habitación, que por supuesto estaría

custodiada por varios guardaespaldas, deberían llegar hasta el objetivo, un importante hombre de negocios. Aquí entraría en juego Francesca, quien convencería al objetivo para que desvelase el código que tenía guardado en su cabeza. Aquel era su don: con un leve susurro podía obligar a cualquier hombre en edad adulta a hacer lo que ella quisiera.

Por supuesto, esto pondría en alerta a los guardaespaldas, que actuarían de inmediato. Y ahí entraba Alice, que gracias a su don retrocedería el tiempo diez segundos, justo hasta el instante previo a que Francesca pusiese en práctica el suyo. Con una señal, Alice avisaría a Francesca de que el plan ya se había llevado a cabo, aunque ni ella ni nadie recordasen nada de lo sucedido.

Tras esto ambas actuarían como camareras, dejarían las bandejas y se marcharían de aquel lugar. Alice sería la única que recordaría haber escuchado aquel código ya que, en realidad, eso jamás habría sucedido.

—Si en algún momento el objetivo se llegase a enterar de que ha revelado el código —dijo la anciana—, éste sería cambiado y todo el plan no serviría para nada.

Francesca mostró una mueca de desaprobación.

—Genial. Todo depende de la novata y ese supuesto poder que tiene.

Francesca aún no había visto a su compañera poner en práctica el don que le permitía rebobinar el tiempo, y dudaba de que fuese capaz de aquello. Alice, sin embargo, estaba dispuesta a mostrárselo.

—¿Quieres una prueba de mi habilidad? —dijo desafiante.

—Adelante. Sorpréndeme —afirmó sin amedrentarse aquella chica de rasgos esbeltos y sensuales.

Alice colocó el cronómetro de su reloj en diez segundos y

lo activó, iniciándose la cuenta atrás.

—Vale, allá voy. Aunque, sinceramente, me da rabia que no vayas a recordarlo.

Tras esto dio sin previo aviso un puñetazo en la boca a Francesca, que se quedó en shock.

—¿Qué haces, puta? —dijo, mientras se relamía la sangre.

Como respuesta, Alice se concentró... pero nada sucedió. Se quedó perpleja, sin comprender por qué el tiempo no se había rebobinado diez segundos.

Francesca, por su parte, se lanzó a por ella, pero Jones se interpuso en el camino. Al verle, la chica se detuvo, controlando su ira. Jones se mantuvo impassible, así que Francesca escupió sangre a los pies de su compañera y se apartó. Y la alarma del cronómetro sonó al llegar a cero segundos.

—No lo entiendo —dijo Alice—. No he podido rebobinar...

En ese instante habló el tipo bajito con bigotito, al que horas antes se habían referido como *Anulador*.

—Claro que no puedes usar tu don —dijo con un tono serio—. ¿Por qué crees que me llaman el Anulador?

La Anciana sonrió.

—Espero que no me decepcionéis. Por supuesto, no hace falta que os diga lo que sucedería si esta información saliese de aquí. ¿Verdad?

Como respuesta, Jones lanzó su moneda al aire, y al caer la tapó con la palma de su mano. El Aprendiz y Francesca se mostraron incómodos por aquel gesto y se limitaron a guardar un tenso silencio, que la anciana aceptó como respuesta.

—Bien, hagamos una pausa para despejarnos un poco. Nos vendrá bien a todos.

Tras esto se levantó y se marchó. El Anulador no dudó y la

siguió como su fiel comparsa.

Alice les vio marchar. Sabía que aquello no era un farol. Si el plan salía mal no viviría para contarlo. Y no iba a ser fácil. Además de Francesca, había muchos factores que podían fastidiarlo todo.

Y por si fuera poco, la falta de café no ayudaba.

Alice tenía un único vicio: la cafeína. No fumaba, no se drogaba, y rara vez bebía. Sin embargo, no podía vivir sin café. Era lo único que la activaba y le permitía soportar el mundo que la rodeaba. Pero nadie del grupo había pensado en traer un poco. Así que durante el descanso decidió explorar el edificio en busca de su ansiado elixir negro.

Tras perderse un par de veces, por fin encontró una vieja máquina de café situada en uno de los pasillos polvorientos de aquel edificio abandonado. Estaba rodeada de cajas aún más polvorientas, llenas de papeles y albaranes que habían perdido ya su utilidad.

Introdujo una moneda en la máquina y esperó, pero no obtuvo resultado alguno. Intentó recuperarla, pero la máquina no se dignó a escupirla. Desesperada, golpeó un par de veces aquel maldito cacharro, pero no consiguió nada.

—Creo que lleva sin funcionar desde el setenta y siete.

El Aprendiz se había acercado a Alice, y señalaba la máquina. Alice se dio por vencida, y resopló resignada.

—Genial. Estoy rodeada de una panda de chiflados y sin cafeína.

—Creo que hay café en la salita de descanso —dijo el chico con un tono amable.

Alice observó con más detalle a aquel tipo imberbe y delgaducho. Si estaba allí es que también poseía algún don. Un par de mechones blancos le delataban. Pero de momento tan

solo le había visto asistir a los ensayos en silencio, escuchando atentamente. Suponía que su don tendría algo que ver con el mote.

—¿Por qué te llaman el Aprendiz?

—¿Tienes alguna habilidad rara que solo tú sepas usar?

Alice pensó un instante, y recordó algo de su infancia.

—Mi padre me enseñó esto de pequeña.

Alice cogió un papel de una de las cajas polvorientas e hizo una figurita de papiroflexia de un pájaro.

—¡Tachán! —dijo, tras completar su obra maestra.

El Aprendiz había observado la acción sin perderse detalle, y decidió que era su momento.

—Bien, atenta.

El chico cogió otro papel, se concentró, e hizo la misma figura de papiroflexia. Tras acabarla, un mechón de su pelo se tiñó de blanco. Alice comprendió que aquel rasgo era una señal del don, algo que les sucedía a todos. Lo había visto en Helen, y en ella misma. Y si compartían aquel rasgo, supuso que compartirían su fatal desenlace.

—Vale, puedes hacer papiroflexia.

—No podía —respondió él—, hasta que te he visto hacerlo. Por eso me llaman el Aprendiz. Puedo imitar cualquier acción que vea en directo. Desde papiroflexia hasta abrir cerraduras. Lo malo es que una vez la imito, ya no puedo volver a hacerla. Así que nunca jamás podré volver a hacer esto.

Alice estaba perpleja por el don de aquel chico delgaducho. Su aspecto debilucho y aniñado escondía un terrible poder.

—Impresionante —dijo con sinceridad.

—No tanto como el tuyo. He escuchado a Jones hablando con la anciana. Por lo que pasó con Francesca. Rebobinar el tiempo. Diez segundos. Es muy guay.

El Aprendiz reparó en este hecho. Y una duda le asaltó.

—¿Has usado tu poder alguna vez conmigo?

Alice sonrió por el comentario. Había decidido que aquel chico le caería bien.

—Nunca lo sabrás... —dijo mientras se marchaba, divertida por dejar al Aprendiz con la duda.

Tras dar un par de vueltas por el edificio, por fin encontró la salita de descanso donde le aguardaba una taza de café. Si es que el Aprendiz decía la verdad.

Al entrar en aquel lugar se encontró con Helen sentada en una esquina, hecha una bola. Seguía con aquella actitud infantil y tímida, pero Alice sabía de lo que era capaz si quería. Ella lo había sufrido.

Sentado en un chéster desvencijado se encontraba el Anulador, que leía un periódico. La anciana lo usaba como guardaespaldas, y ahora entendía por qué. Su don anulaba el de cualquier otro que estuviese cerca. Por eso no había podido retroceder en el tiempo estando en su presencia. ¿Cuál sería su rango de acción? ¿Sería un poder activo o algo pasivo, que simplemente sucedía por estar cerca de él? El Anulador era completamente calvo, y no mostraba ningún mechón blanco en el pelo que recortaba su coronilla.

Alice dejó de lado estos pensamientos. En aquel momento su objetivo prioritario era conseguir cafeína, así que se dirigió hacia la cafetera que descansaba sobre una encimera, pero por desgracia estaba vacía. Rebuscó en los armarios situados sobre ella, pero no encontró nada.

—¿Sabéis dónde guardan el café?

Helen, envuelta en la timidez más absoluta, miró de reojo y agachó la vista, incapaz de responder.

—Gracias. No contestéis todos a la vez —dijo Alice.

El Anulador respondió sin apartar la vista del periódico.

—No creo que haya café en este sitio. No al menos desde el setenta y pico.

—Genial. Todo genial —dijo la chica, notando el mono de cafeína—. No sé cómo esperáis que rinda sin café.

—Tal vez te haya dado la impresión de que me importan tus problemas. Si es así, lo siento.

Alice no se podía creer lo borde que era aquel tipo.

—Debes de tener muchos amigos.

—No los necesito. Son una pérdida de tiempo y de recursos. Tú más que nadie deberías saberlo.

Alice respiró hondo. Ya se había enfrentado a Francesca, y no quería granjearse más enemigos. Así que intentó mantener una charla amistosa.

—¿Cómo entraste a trabajar para la abuela?

—Eso... es un tema que tan solo me incumbe a mí y a la anciana.

—Pero tendrás un nombre, digo yo.

—Sí, Anulador. O si lo prefieres, señor Anulador.

Alice se resignó a no conseguir café, ni una buena conversación, y se marchó de la salita. Pero antes de salir se cruzó con Francesca, que la golpeó con el hombro al pasar por su lado.

—Perdón —dijo con sorna.

Alice la miró fijamente, pero Francesca la ignoró con una sonrisa malévola, dirigiéndose al sofá.

Dispuesta a encontrar café donde fuese, Alice salió a la puerta del edificio abandonado. Si había una cafetería por los alrededores, aquel conserje tendría que saberlo.

—Oye, amigo, ¿tú sabes dónde puedo conseguir café por aquí cerca?

El conserje seguía absorto en su crucigrama. Pero Alice no pensaba rendirse.

—Oye, amigo, un café por aquí cerca.

De repente, aquella mole se levantó apartando su silla violentamente, guiado por una locura ciega, y aferró a Alice por el cuello con sus grandes manos, dispuesto a acabar con la vida de la chica.

Alice luchó contra aquella mole, y le dio patadas en la entrepierna. Pero el conserje estaba poseído por una ira ciega, cuyo objetivo era la muerte. Alice luchó más y más, pero no era rival para alguien con tanta fuerza. Comenzó a sentir que el oxígeno no llegaba a su cerebro, y percibió que iba a morir.

Pero un disparo al aire lo cambió todo.

El disparo había sido realizado por Richard. El policía había estado vigilando a una distancia prudencial, resguardado en su coche. Pero al ver a Alice a manos de aquel armario ropero, decidió que debía intervenir.

—¡Quieto! ¡Policía! —gritó Richard. Pero el conserje parecía no escuchar, envuelto en una burbuja de ira.

Alice se mostró sorprendida por la aparición de aquel improvisado salvador. Richard apuntó al agresor, y volvió a lanzar una advertencia.

—¡Suéltala o te disparo!

Como respuesta, el conserje apretó con más fuerza, y Alice sintió que el mundo a su alrededor daba vueltas. Estaba a punto de perder el sentido, pero entonces Richard apretó su gatillo y una bala perforó el cráneo del conserje, entrando por su nuca y saliendo por su sien.

Al hacerlo, aquella mole abrió sus manos y Alice cayó lentamente hacia el suelo. Y mientras sucedía, usó el último halo de energía que le quedaba, se concentró...

...y el tiempo se rebobinó diez segundos.

Alice se encontraba de nuevo en la puerta. Una cana más se imprimió en su melena, mientras acababa de decir aquella frase por inercia.

—...un café por aquí cerca...

Alice miró al conserje, quien levantó la vista de su crucigrama. Ambos sabían lo que iba a suceder. Así que huyó al interior del edificio. La mole se alzó tirando la silla y la persiguió con una furia homicida.

Y mientras tanto, Richard siguió en su coche, sin percatarse de nada. Porque para él nada había sucedido.

Alice subió corriendo por unas escaleras, perseguida por su agresor homicida, que arrancó un pesado extintor de incendios dispuesto a acabar con la vida de la chica.

Alice llegó a un callejón sin salida, en forma de puerta cerrada. Intentó abrirla forcejeando, pero resultó inútil. Desesperada, se concentró para usar su poder... pero no funcionó. Ya lo sabía, su don necesitaba un tiempo de recarga, por así decirlo. Pero la desesperación le había llevado a intentarlo.

El conserje se situó frente a Alice y la empujó contra la puerta, haciéndola caer de rodillas. Blandió el extintor sobre ella, dispuesto a dejarlo caer sobre su frágil cráneo. Alice se fijó en que la anilla de seguridad del objeto se tambaleaba insegura, aflojada por el movimiento brusco. Pero aquello no le salvaría de una muerte más que segura.

O tal vez sí.

En ese instante el doblón de Jones surcó el aire, para caer sobre su palma, desvelando el rostro de un dios Inca furioso.

Al hacerlo, como si de una causa y efecto se tratase, la anilla de seguridad del extintor se soltó, y un chorro salió directo a la

cara del conserje, que perdió el equilibrio y cayó rodando brutalmente por las escaleras, quedando inerte a los pies de Jones.

Inmediatamente, un mechón del pelo de aquel improvisado salvador se tiñó de blanco. Tras esto guardó la moneda, se agachó y le tomó el pulso al conserje. Alice se levantó con dificultad, respirando exhausta.

—¿Q-qué ha pasado?

Tal vez aquel conserje fuese un poco raro, pero Alice nunca se habría imaginado que fuese un loco homicida.

—Francesca. ¿Recuerdas? Puede convencer a cualquier hombre para que haga lo que quiera. Es su don.

Alice se fijó en aquel tipo enorme y tranquilo, de movimientos lentos. Si Francesca era capaz de aquello, nada podría detenerla.

—¿Está...? —preguntó, temiéndose lo peor.

—Inconsciente. Sobrevivirá.

—¿Cómo lo has hecho?

Alice estaba sorprendida por lo que acababa de suceder. Jones enseñó el doblón.

—Digamos que ha sido un golpe de suerte.

—Suerte —recalcó Alice, incrédula.

—No sé de qué te extrañas. Tú puedes rebobinar el tiempo. Yo puedo manipular la buena o mala suerte de los que me rodean.

Alice se apoyó en la pared, aliviada por no haber muerto.

—No le caigo muy bien a esa zorra.

—No te lo tomes como algo personal.

—No, claro que no —dijo irónica, mientras observaba el pesado extintor.

—Todo esto es por mí. Siente que estás ocupando su lugar.

Alice se cabreó al escuchar estas palabras, y se marchó decidida.

Francesca se encontraba sentada en el sofá de la salita de descanso, mirando la pared, aburrida y pensando en sus cosas. Alice entró decidida y se encaró a la chica, que la recibió con una sonrisa malévola.

—¿Algún problema?

Alice contuvo su ira, sabía que no podía permitirse el lujo de perder aquel antídoto o lo que fuese por una disputa.

—Cuando acabe todo esto, tú y yo ajustaremos cuentas.

—Será un placer —dijo Francesca.

Alice se marchó con un portazo. Y decidió que la próxima vez traería café de casa.

MENTIRAS

Alice vigilaba a través de una ventana el coche de Richard, aparcado a unos metros del edificio. El policía no era consciente de lo que había sucedido, gracias al don de la chica, y seguía dentro de su vehículo controlando *Exportaciones/Importaciones Koslo*.

Alice miró el cronómetro de su reloj. Quedaban cinco minutos para que la cuenta atrás llegase a cero, y pudiese usar su don de nuevo. Años atrás había descubierto que su poder, además de acortarle la vida cada vez que lo ponía en práctica, tenía una especie de tiempo de recarga durante el cual no podía utilizarlo. Así que aguardaba en aquella ventana pacientemente.

Cuando el cronómetro llegó a cero, Alice salió del edificio dispuesta a poner su don en práctica. Ajustó la cuenta atrás a diez segundos y la activó. Tras esto, caminó decidida hacia el coche.

Richard vio llegar a la chica y se mostró sorprendido. Alice, al encontrarse junto a la puerta del vehículo, no medió palabra y se dedicó a observar el interior, buscando información. Se percató de la cámara de fotos y de la cartera, situada en la guantera. Metió su cuerpo a través de la ventana y alargó la mano para alcanzarla. La abrió y vio el nombre del policía y su identificación como un hombre de la ley.

—Qué coño... —fue lo único que pudo esbozar Richard.

Pero antes de que acabase la frase, la alarma del cronómetro de Alice se disparó, indicando que la cuenta atrás de diez segundos había llegado a cero. Al hacerlo, la chica se concentró...

...y el tiempo retrocedió diez segundos, volviendo al momento inicial, con Alice situada en la entrada del edificio y su cuenta del cronómetro congelada en diez segundos. En ese instante una cana se imprimió en la melena de la chica, mientras el policía seguía ajeno a lo que acababa de suceder.

En realidad, a lo que no acababa de suceder.

Minutos después Alice informó a la anciana, que se encontraba en el despacho. A su lado se hallaba el Anulador, su fiel guardaespaldas.

—Os vigila la policía. Un tal Richard Medina.

La anciana ni se inmutó. Miró a su fiel protector quien, entendiendo perfectamente lo que quería, se dirigió a un archivador. Lo abrió y sacó del interior un dossier que entregó a la chica.

Al abrirlo, Alice descubrió la ficha de Richard Medina, así como fotografías robadas del mismo.

—Richard Medina, inspector de policía. Treinta y cinco años, medalla al valor, ex militar, sirvió en Afganistán. Un buen chico —dijo la anciana en un tono reposado y seguro.

—¿Lo sabéis? —preguntó Alice, perpleja.

—Tranquila. No tiene nada contra nosotros. Pero si movemos ficha le daremos razones para investigar.

Alice no estaba tan segura de ello.

—¿Y si decide meterse por medio? ¿Y si fastidia el plan?

La anciana fue tajante.

—Se arrepentirá de haberlo hecho.

Alice sintió un escalofrío al escuchar las palabras de aquella diminuta mujer. Una cosa era llevar a cabo un robo, y otra hacer

daño a inocentes. O algo peor.

Así que decidió ir a mojarse la cara tras su breve charla. Entró en un lavabo mugriento de aquel cochambroso edificio y abrió el grifo, empapando su rostro. Tras respirar hondo, se secó con el poco papel que quedaba y se miró en el espejo.

—Qué coño estás haciendo...

Y entonces el móvil la alertó de que acababa de recibir un mensaje. Lo sacó y comprobó que era de Julia. Por lo visto, tenía los resultados de la extraña muestra que le había entregado.

Alice acudió esa misma tarde a su consulta.

La doctora sostenía el extraño frasco con los restos del líquido fluorescente. Aquella sustancia pertenecía al paciente cero, al origen de todo aquel mal. Pero no podía revelarle ese secreto a la que en otro tiempo había considerado su segunda hija.

—¿Y bien? —dijo la chica—. ¿Es o no es una cura?

Julia dudaba qué contestar. Dependiendo de su respuesta, Alice se metería de lleno en la boca del lobo.

—¿Funciona o no funciona? —repitió, impaciente.

Julia la miró fijamente. Y habló.

—No funciona.

Alice se sintió derrotada, perdiendo toda esperanza.

—Sabía que no eran de fiar —dijo con rabia e impotencia—. Pero no quería verlo. No podía ser tan fácil. Tan solo espero que mi hermana sepa perdonarme.

Julia sintió el pinchazo del remordimiento en la boca del estómago. ¿Había hecho lo correcto? No quería que a Alice le pasase algo malo. Pero si no seguía adelante con el trabajo que le había encargado la anciana, jamás encontrarían a ese paciente cero, y la Organización jamás descansaría en su empeño. Y tal

vez moriría arrastrada por aquel don.

—Te he mentido —rectificó la doctora—. Sí funciona.

Alice estaba confusa.

—¿Por qué lo has hecho?

Julia no podía contarle la verdad. Si descubrían que Alice conocía la existencia del paciente cero, su vida no tendría valor.

—Porque no quiero que te pase nada. No me lo podría perdonar.

—Te agradezco que te preocupes por mí —dijo la chica—, pero ya soy mayorcita. Creo que me he equivocado al pedirte ayuda.

Alice se levantó, dispuesta a marcharse de la consulta. Pero Julia no podía dejar que saliese por esa puerta y desapareciese de nuevo. Así que dijo aquello que jamás había querido contarle.

—Ellos mataron a tus padres.

Alice se giró, perpleja por esta revelación.

—¿Cómo dices?

—Ellos mataron a tus padres —repitió la doctora, sintiéndose parte de ese *ellos*— Se hacen llamar La Organización.

—No puede ser —dijo la chica, mientras la confusión se apoderaba de ella.

—Supongo que has conocido a la anciana.

Alice sintió que no podía confiar en nadie. Julia conocía a la anciana, y le había ocultado la información. La doctora decidió demostrarle que no mentía y se levantó su camisa, revelando una enorme cicatriz que recorría su costado.

—También intentaron acabar conmigo. Debes creerme. Lo hicieron con tus padres. Y lo hicieron conmigo y con mi...

Julia recordó a François, y a su hija, o lo que habían dejado de ellos.

—Mi hija no murió por una enfermedad. Ellos la mataron porque tenía un don como el tuyo.

Alice intentó calmarse, y meditó lo escuchado con frialdad.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque no quería que acabases en un ataúd como ella.

Aquella respuesta no fue suficiente para la chica.

—Lo siento, tengo que irme.

Alice se marchó, confusa y dolida, saliendo de la consulta y dejando atrás a la doctora.

Una vez fuera, se puso su casco y se subió en la moto. Pensaba seguir adelante con el plan. Ya no tan solo para conseguir aquella cura. Ahora tenía otro motivo: descubrir si esa misteriosa Organización era la responsable de la muerte de sus padres. Y si la anciana había tenido algo que ver en todo aquello. Así que arrancó la moto y se marchó, sabiendo que al día siguiente se llevaría a cabo el plan.

Mientras se alejaba, un antiguo doblón surcó el aire cayendo sobre la palma de una mano que lo tapó. Jones acababa de lanzar su moneda, y observó un instante la pequeña clínica de barrio.

Al descubrir la moneda, sonrió por el resultado.

DESPEDIDA

Era de noche, y Alice se colocó bajo el chorro de agua de la ducha, intentando vaciar su mente de los miles de pensamientos que rondaban su cabeza. Las gotas recorrían las cicatrices de su espalda, aliviando por un instante la carga que portaba en esos momentos. Esperaba que aquello le permitiese conciliar el sueño.

Pero no fue así.

Llevaba dos horas dando vueltas en la cama, sin poder pegar ojo. Repasaba mentalmente una y otra vez la misión del día siguiente, mientras las palabras de la doctora taladraban más y más su cabeza y aumentaban el nudo de su estómago. Convencida de que no podría conciliar el sueño de manera natural, decidió utilizar su diazepam de emergencia para estos casos. Hacía años que no los tomaba, y pensaba que podría llegar a vivir sin ellos. Hasta que la anciana se cruzó en su camino y le propuso el trabajo. Además estaban esos sueños. Desde que había conocido a Jones se repetían. Esperaba que esta noche la pastilla hiciese efecto y le permitiese descansar.

Así que abrió el cajón de su mesilla y rebuscó entre cajas vacías, hasta que encontró una que contenía pastillas. Al cogerla, se fijó en lo que descansaba bajo ella.

Era la única foto que conservaba de sus padres. Ahí estaban los dos, sonriendo, congelados en el tiempo para siempre. Ojalá

pudiese usar su don para retroceder lo suficiente y salvarlos. Recordó entonces de nuevo las palabras de Julia, confesándole que su muerte no había sido un accidente. Este pensamiento disparó aún más la ansiedad, así que Alice decidió que se tomaría dos pastillas en lugar de una. Al rato surtieron efecto, y cayó en un profundo sueño.

Al abrir los ojos, descubrió que se encontraba de nuevo en aquel pasado remoto, con el coche volcado frente a ella. El humo lo inundaba todo, viciando el ambiente, y supo que volvía a repetir aquel maldito sueño.

Una terrible llamarada se dirigió hacia ella, tan lenta que pudo observarla avanzar arrasando con todo. Entre sus brazos volvía a sujetar a su hermanita pequeña, cuya melena rubia tapaba su cara. Sabía qué había bajo ella, y pese a que no quería, algo la empujó de nuevo a apartarle el pelo sin cesar.

Estaba a punto de retirarlo por completo cuando sus padres dejaron de gritar y la miraron fijamente. Hablaron sin un ápice de emoción, mientras su piel se despegaba de los huesos

—Fue por tu culpa. Tú nos mataste.

Alice, aterrada, buscó la mirada cálida de su hermana, pero sabía lo que encontraría en su lugar.

Porque de nuevo, allí, tras todo ese cabello, se encontró con aquel ser putrefacto.

—Pronto serás mía. Seremos uno.

Alice hundió sus dedos en aquel monstruo, y de los orificios brotaron larvas. Al hacerlo, las larvas prendieron fuego y el cuerpo de Lucy sufrió una combustión espontánea, ardiendo en los brazos de su hermana.

Pero Alice decidió controlar el dolor, resistiéndose pese al sufrimiento extremo que le estaba infligiendo. Necesitaba respuestas.

—¿Quién eres?! ¿Qué quieres de mí?!

El monstruoso ser respondió.

—Yo soy el origen de todo. Tú eres mi hija. Nos uniremos para siempre. Y el mundo será nuestro.

Finalmente no pudo controlar lo que sentía, y el fuego la engulló.

Alice se despertó de golpe, envuelta en sudor, con la respiración entrecortada. Había vuelto a tener la pesadilla. Pero algo era diferente esta vez.

Al girar la palma de sus manos comprobó que había sufrido pequeñas ampollas en su piel, prácticamente imperceptibles. Pero había algo más.

Porque la foto de sus padres había sufrido un cambio. Sus rostros habían sido borrados, como si una fuente de calor se hubiese acercado al papel, deformándolo. Tal vez aquello no fuese tan solo un sueño. Tal vez tuviese relación con todo lo que estaba a punto de suceder.

Horas después, Alice volvía a encontrarse de nuevo en la habitación de hospital donde vivía Lucy. Era la hora del desayuno, así que cogió el vaso con zumo de naranja y colocó una pajita. Lo acercó a su hermana pequeña, que tragó con cierta dificultad debido a su parálisis. Pese a que estaba vigilada y atendida las veinticuatro horas del día, Alice se reservaba aquellos momentos para ella. Lucy siempre agradecía esas visitas, en las que su hermana le ponía al día de sus asuntos. O al menos de los que podía contarle.

—Creo que me estoy volviendo loca —dijo Alice, tras retirar el zumo.

—Hermanita, tú ya estás loca.

Alice se refería a ese ser extraño que la visitaba cada noche.

—Lo digo en serio. Estoy teniendo unos sueños muy

extraños.

—¿Qué tipo de sueños? —preguntó Lucy, curiosa.

Alice no sabía muy bien cómo explicarlo. Se miró disimuladamente las palmas de las manos, con los restos reseco de aquellas ampollas que se habían formado tras despertar. En un principio lo había achacado a algún tipo de efecto secundario de su don, pero esta teoría no acababa de convencerla. Recapitó sobre este asunto, y decidió que no tenía forma posible de contárselo a su hermana sin desvelar el poder que poseía.

—Nada, tonterías mías —aseguró.

Tras esto cogió cuchillo y tenedor, y partió un trozo de croissant que dio con delicadeza a Lucy para que masticase. Mientras la observaba, sintió que debía sincerarse de alguna manera.

—Sabes, hermanita, he estado pensando en lo de teñirme.

—¿Y?

—Creo que hoy lo voy a hacer.

Alice la acarició. Esa misma mañana llevarían a cabo el robo de aquel misterioso código. Tal vez fuese su último desayuno juntas.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —dijo a su hermana pequeña. Lucy se mostró algo perpleja por esta declaración sincera de amor.

—Hermanita, últimamente estás algo más sentimental de lo normal.

Alice se quedó aún más perpleja por la contestación, y sonrió divertida.

—¿Sentimental? Vaya, esa no era la respuesta que esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Yo también te quiero, eres lo más importante en mi

vida...

Lucy sonrió a su hermana y le habló con ternura.

—Yo también te quiero. Eres lo más importante en mi vida.

¿Contenta?

—Contenta —dijo Alice, divertida. Tras esto limpió a su hermana y miró el reloj, hecho que percibió Lucy.

—Oye, ¿no tenías hoy una reunión de trabajo importante? Vas a llegar tarde.

Alice sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta. Puede que nunca más la volviese a ver.

Tal vez este no fuese un hasta luego, sino un hasta siempre.

ASESINATO

Una furgoneta blanca aparcó frente a la entrada de un lujoso hotel llamado Excélsior, ese tipo de hotel en el que te reciben abriéndote la puerta y repasando tu vestuario. En el interior del vehículo aguardaban el Aprendiz, el Anulador, Jones y la anciana. Y por supuesto Alice y Francesca, que se habían disfrazado de camareras.

—Tranquila, todo saldrá bien —dijo con sinceridad el Aprendiz, que se había percatado del estado alterado de Alice.

Pero esto no consoló a la chica, porque no era tan solo el plan lo que le preocupaba. Julia le había revelado que una misteriosa organización era la responsable de la muerte de sus padres. ¿Había tenido aquella anciana algo que ver en ese fatídico día? Francesca también pudo percibir la actitud de Alice y habló, pero no para tranquilizarla.

—¿Estás nerviosa, novata?

Alice miró con odio a su compañera, que se acababa de ajustar la cofia de su disfraz.

—¿Y tú?

Ambas chicas se retaron, pero el duelo fue interrumpido por la anciana.

—Ha llegado el momento. Recordad que no debéis dejar rastro de vuestra presencia. Nadie debe saber lo que vamos a hacer.

La anciana miró fijamente a Francesca. Aquello había sido un aviso para ella.

—Nadie —sentenció aquella mujer frágil y delicada.

—Aquel tipo se lo merecía —respondió Francesca. La anciana no aceptó la justificación, y Francesca se sintió intimidada, apartando la vista. La anciana prosiguió.

—Si alguien llega a intuir que hemos actuado, todo esto no habrá servido para nada.

—¿Recordáis el plan? —dijo Jones.

—Por supuesto —respondió Alice, y señaló al Aprendiz.

—Lo que no entiendo es qué pinta él en todo esto.

—¿De verdad crees que nuestro objetivo está en este hotel, en esta ciudad, por casualidad? —dijo Jones.

El Aprendiz sacó pecho, orgulloso como un gallito, denotando una falsa modestia.

—Bah, no ha sido nada —respondió aquel chico enclenque y algo encorvado—. Tan solo he tenido que “aprender” de un controlador aéreo para cambiar el tráfico y hacer que el avión privado estuviese obligado a hacer escala en la ciudad. Luego “aprendí” de un experto en cifrado para hacer que todos los hoteles de la ciudad estuviesen llenos este día, excepto este en el que se aloja, y finalmente “aprendí” a coser esos uniformes tan bonitos que lleváis.

—¿Y no has “aprendido” algo de modestia? —dijo Francesca.

—¿Y tú de educación? —respondió el Aprendiz. Jones cortó aquella discusión antes de que se iniciase

—Basta. Es el momento de entrar en acción. Habitación setecientos cinco.

—Confío en vosotras —dijo la anciana, y esta vez miró fijamente a Alice.

—Sé que no me fallaréis.

Francesca abrió la puerta del vehículo y se dirigió hacia el hotel. Alice siguió sus pasos, esperando que todo aquello le diese una cura y respuestas a la muerte de sus padres.

Quien también buscaba respuestas era Richard Medina, que había seguido a la furgoneta hasta aquel lujoso hotel. Aguardaba en su coche, a unos metros, y observó a Francesca y Alice entrar en el edificio, acompañadas de Jones. Sabía que hoy se iba a llevar a cabo algo grande, que tal vez le diese la clave de aquel puzle que se había iniciado años atrás con la desaparición de todas aquella adolescentes. Así que sacó su teléfono y realizó una llamada

—¿Pasa algo? —preguntó su compañera Laura Stone, que había recibido la llamada de Richard. Se encontraba en la comisaría, realizando un par de informes.

—Necesito que compruebes si hay alguien importante alojado en el hotel Excelsior— dijo el policía—. Lo que sea que pueda resultar sospechoso.

—¿Pasa algo?

—Tú compruébalo.

—De acuerdo, de acuerdo.

Richard aguardó, sin finalizar la llamada, y observó la fachada de aquel lugar. Estaba convencido de que algo gordo iba a suceder.

Mientras tanto, Alice y Francesca entraron en la cocina del hotel, esquivando el ir y venir de camareros y pedidos. Francesca cogió un carrito que soportaba una bandeja, con un cartel que indicaba que era para la habitación setecientos cinco. Alice le cubrió las espaldas mientras su compinche se lo llevaba furtivamente.

Minutos después, Richard volvió a escuchar la voz de su

compañera a través del teléfono.

—Lo tengo.

Richard abrió su bloc de notas para apuntar la información.

—¿Qué has descubierto?

—Tal vez sea coincidencia, pero he encontrado algo.

—¿Qué es?

—Por lo visto hay un pez gordo de la OTAN alojado en el hotel. Su avión tuvo que hacer escala por un problema de tráfico aéreo.

—Eso no puede ser —dijo Richard—. Se habría habilitado un protocolo de seguridad. Estaríamos enterados.

—Eso es lo raro. Alguien anuló la orden de protocolo.

Richard supo en ese instante cuál era el objetivo de las chicas. Sin pensárselo, colgó el teléfono y salió del coche en dirección al hotel, con cuidado de no ser visto por los ocupantes de la furgoneta.

Por su parte, Alice y Francesca llegaron con el carrito del pedido hasta el ascensor. Jones se había situado en la recepción del hotel para vigilar a las chicas, haciéndose pasar por un turista. Había consultado al recepcionista por un buen restaurante de la zona, y éste intentaba apuntarle la dirección.

Pero entonces las cosas se torcieron.

Una camarera apareció corriendo detrás de Alice y Francesca, llamándolas con tono de cabreo. Se estaban llevando su pedido, y ella era la responsable de hacerlo llegar. Sabía que iba dirigido a una suite presidencial, y no quería perder la más que probable propina que recibiría por aquel servicio.

Jones observó a la camarera. Si no intervenía, la tapadera se desbarataría. Así que lanzó su doblón al aire, y al caer la moneda mostró el rostro del dios Inca malvado.

Y como causa y efecto, la pluma con la que escribía el

repcionista salió disparada por la presión que estaba ejerciendo y cayó al suelo, provocando que la camarera resbalase con ésta y se llevase un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente.

Alice y Francesca observaron el momento. Comprendieron que todo aquello había sido cosa de su protector, al que se le acababa de imprimir un mechón blanco en la cabellera, que asomaba tímidamente de aquel sombrero de ala ancha.

Jones las miró, asintió con la cabeza y se marchó hacia la salida del hotel. Ahora todo estaba en sus manos.

—Espero que no la cagues —dijo Francesca—. Así podré perderte de vista.

—Lo mismo digo —respondió Alice, con odio.

El ascensor se abrió por fin y ambas entraron. Justo en el instante en el que Richard accedía al hall. Al ver a Jones se escondió tras un grupo de turistas japoneses, y éste pasó de largo sin percibir su presencia.

Tras cerciorarse de que aquel extraño de sombrero y gabardina había abandonado el edificio, el policía observó el ascensor que se cerraba, llevándose consigo a las dos chicas. Se fijó con más detalle y pudo ver fugazmente que habían marcado la séptima planta. Decidido a desbaratar aquel plan, fuese el que fuese, corrió hacia otro de los ascensores que se acababa de abrir, entró a toda prisa y marcó el mismo piso.

Unos segundos después, Francesca y Alice salieron del ascensor en la séptima planta y se dirigieron hacia el final del pasillo, hacia la habitación setecientos cinco.

—Bien, vamos allá —susurró Alice para sus adentros. Tras esto alzó su puño y se dispuso a llamar. Pero justo en ese instante...

...se abrió la puerta del segundo ascensor. Alice se giró y se

sorprendió al ver a Richard, quien sacó su pistola y les apuntó.

—¡Quietas! No sé lo que intentáis, pero no lo vais a hacer.

Francesca soltó el carrito con el pedido y se caminó hacia el policía, con movimientos elegantes y sensuales.

—¡Quieta! ¡No te acerques! —dijo él, mientras la apuntaba.

Francesca sonrió seductora y levantó los brazos juguetona.

—Venga, ¿no ves que estoy desarmada? Nos has pillado. Me rindo.

La chica se acercó insinuante a Richard y le susurró algo al oído.

Inmediatamente, una cana se tiñó en su melena.

Como respuesta, Richard se metió voluntariamente la pistola en la boca, sonrió y se disparó, volándose los sesos.

Alice, aún en shock, actuó por instinto. Se concentró... y rebobinó el tiempo diez segundos.

Y la puerta del ascensor se volvió a abrir con Richard dentro...

...Pero esta vez Alice reaccionó a tiempo, cogiendo a Francesca y metiéndose con ella en una habitación abierta situada frente a la del objetivo.

Una vez dentro, encajó la puerta para no ser descubierta.

Fuera escuchó a Richard, caminando por el pasillo. El policía pasó de largo, sin ser consciente de nada. Observó en todas direcciones, pero no había ni rastro de las chicas. Maldijo y decidió bajar a recepción para preguntar el número de habitación de su objetivo. Tal vez se habían percatado de su presencia, marcando un piso que no era.

Alice siguió escuchando unos segundos tras la puerta. Nada. La abrió un poco, para asegurarse de que Richard ya no estaba. Pudo ver al policía entrando en el ascensor, que se dirigía hacia la planta baja.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Francesca, confusa.

En ese instante, un mechón de Alice se tiñó de blanco. Francesca se percató.

—Ya veo.

Alice encajó de nuevo la puerta y respiró aliviada.

—Eres una psicópata enferma —dijo a su compañera.

—No sé lo que he hecho —respondió Francesca, en un tono juguetón—. Pero habría sido bonito recordarlo.

Alice miró su reloj, sabiendo que debería aguardar varios minutos antes de poder volver a usar su don.

—Idiota. Por tu culpa vamos a tener que esperar hasta que pueda usar mi poder de nuevo. Si nuestro objetivo se larga, te arrepentirás.

Francesca sonrió socarronamente, se dirigió al mueble bar de la habitación y abrió un botellita de ginebra.

—Pues habrá que matar el tiempo mientras tanto, ¿no?

Diez minutos después, la anciana seguía esperando con el Anulador dentro de la furgoneta. El Aprendiz se había colocado en el asiento del piloto, y pasaba el rato silbando la canción del momento, un tema que taladraba las entrañas y se aferraba al cerebro como un parásito. Jones, preocupado por el retraso de las chicas, decidió mover ficha.

—Aprendiz, ve a ver qué pasa. Ya deberían haber vuelto.

El Aprendiz dejó de silbar y salió de la furgoneta en dirección al hotel. Una vez se marchó, Jones supo que podía hablar con sinceridad.

—Te dije que no estaba preparada.

La anciana guardó silencio, sopesando esta frase.

—Tal vez.

—Ella es la única que puede detenerle —dijo Jones—. No podemos perderla ahora.

—Lo sabe perfectamente —respondió el Anulador, sin perder la calma.

—Sea como sea —dijo la anciana— sin ese código no servirá de nada todo lo que hemos conseguido, todo lo que hemos sacrificado. Sin ese código jamás acabaremos con él.

—¿Y si no lo consigue? —preguntó Jones.

La anciana esbozó una sonrisa amable.

—Estaremos perdidos.

Jones se quedó pensativo por estas palabras. Si Alice fracasaba, ni su moneda podría cambiar el rumbo de la historia.

15
CÓDIGO

Alice y Francesca continuaban esperando en la habitación donde se habían escondido de Richard. Alice se encontraba sentada en el suelo, apoyando su espalda contra la pared. Francesca sin embargo estaba tumbada en la cama boca arriba, rodeada de botellitas del mini bar, la mayoría de ellas vacías.

Dispuesta a rematar todas las existencias, abrió otra botellita y se la bebió de un trago, una habilidad que había aprendido años atrás al relacionarse con gente de baja calaña. Alice, harta de esperar, miró su reloj. Quedaban unos minutos para que su don volviese a ser efectivo. Tal vez fuese el aburrimiento, o la necesidad de ocupar su mente, pero decidió romper el silencio que reinaba en la estancia.

—¿Siempre has sido así?

—¿Y tú? —contestó Francesca, desafiante.

—Vale, olvídalo.

Francesca abrió otra botellita y dio un largo trago.

—¿Recuerdas cómo descubriste tu poder? —preguntó, mientras su mirada se perdía en el líquido ámbar que ondulaba en el interior de la botellita—. Seguro que sí. Siempre pasa de forma traumática.

Tras esto dio un trago largo.

—Yo lo descubrí con quince años —siguió hablando—, cuando mi padrastro intentó violarme. Le obligué a arrancarse

los ojos. Muy muy lentamente. ¿Y tú? ¿Tu papáito también te tocó?

Alice apartó la mirada, asqueada. Francesca sonrió satisfecha por aquella reacción.

—Como quieras. Tan solo intentaba mantener una charla amistosa.

Francesca se dispuso a abrir una nueva botellita. Pero un ruido proveniente del pasillo llamó la atención de Alice.

—¿Qué ha sido eso?

Alice abrió una rendija de la puerta y pudo observar al objetivo salir de su estancia, rodeado de guardaespaldas. Tenía el aspecto de alguien realmente importante, con uno de esos trajes caros hechos a medida y una mirada que denotaba el poder de quien decide sobre los demás. Caminaba decidido hacia el ascensor, y la chica supo que su misión peligraba.

—Mierda, se marcha.

Alice miró de nuevo su reloj. Quedaban cuatro minutos para que el temporizador llegase a cero y pudiese volver a usar su poder. Las cosas se estaban complicando y mucho.

—Tenemos que entretenerle hasta que pueda usar mi don —susurró a Francesca.

—Pues ya me dirás cómo.

Alice pensó rápido.

—El ascensor. Llama a Jones. Necesitamos que pare el ascensor.

Francesca obedeció por primera vez en su vida. Pese a que le fastidiaba, su compañera tenía razón. Y si el plan fallaba, las culpas caerían sobre ella. Así que sacó su móvil y habló por él.

—Jones, cambio de planes.

Jones, que se encontraba en la furgoneta, escuchó atentamente y colgó.

—Te dije que no estaba preparada —espetó a la anciana, y salió corriendo del vehículo en dirección al hotel.

Mientras tanto, uno de los guardaespaldas apretó el botón de la planta baja, y las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Pero un pie de mujer detuvo el proceso.

Francesca y Alice acababan de llegar, metiéndose dentro.

—Hola, buenos días —dijo Francesca, en su habitual tono seductor.

Las puertas del ascensor se cerraron antes de que los guardaespaldas pudiesen ni tan siquiera reaccionar y echarlas. Alice aprovechó y miró su cronómetro con disimulo. Quedaban tres minutos para la cuenta atrás. Y entonces podría usar su don.

Mientras todo esto sucedía, el Aprendiz seguía esperando en la recepción, atento por si las chicas aparecían. Fue entonces cuando vio a Jones entrar corriendo en su dirección.

—¿Qué pasa? —dijo el chico, preocupado.

Jones señaló al ascensor. El indicador de planta marcaba que estaba en la séptima, iniciando la bajada.

—Tenemos que parar ese ascensor —respondió Jones.

—Pues le quedan seis plantas... y ahora cinco...

Jones observó fijamente el ascensor, se concentró y se dispuso a lanzar el doblón al aire. Pero antes de hacerlo, alguien le interrumpió.

—Hola, Jones.

Al escucharlo se giró tenso, dispuesto a enfrentarse a ese desconocido, blandiendo su doblón.

El motivo de su alerta era un tipo de unos cuarenta y pocos años, vestido también con gabardina y sombrero de ala ancha, con una mirada siniestra que invitaba a alejarse de él. Aquel extraño también lucía algunos mechones blancos, y llevaba un

curioso pin en la solapa de la chaqueta, con la forma de un ojo siniestro.

—Me alegro de volver a verte —dijo aquel tipo.

El Aprendiz se sintió confuso por ese encuentro, y por el hecho de que Jones mostrase por primera vez en su vida algo parecido al miedo.

—¿Os conocéis? —dijo el chico.

Como respuesta, el extraño siniestro se acercó a una copa de vino que algún cliente se había dejado a medio acabar, y que descansaba sobre el filo de una mesa. La acarició con delicadeza, pasando su dedo por el borde. Jones observó aquel sencillo gesto, y supo las terribles consecuencias que podía desencadenar.

—¿Qué quieres?

—Yo no quiero nada —respondió el extraño—. Son ellos quienes la quieren. Y va a ser suya. Cueste lo que cueste.

Jones cogió su doblón con firmeza, dispuesto a contraatacar. Habló al chico, que seguía sin comprender nada.

—Aprendiz, te toca. Tienes que parar ese ascensor como sea.

—¿Yo? —dijo, perplejo.

—¡Hazlo!

El Aprendiz obedeció asustado y corrió hacia su objetivo. Jones, por su parte, no quitaba ojo a su rival, blandiendo su doblón. Este, por su parte, seguía acariciando la copa situada sobre el borde de la mesa. Aquello se había convertido en un duelo, en el que ninguno se atrevía a disparar.

El Aprendiz se situó frente al ascensor, bloqueado por la presión. ¿Cómo podía detener aquel maldito cacharro? Y entonces se fijó en un tipo de mantenimiento que se hallaba arreglando una caja llena de cableado en la pared. Se acercó y lo

observó con detalle. El hombre se percató, sin entender aquel repentino interés de un chico por su trabajo.

—¿Quiere algo?

—Por favor, siga arreglando ese cableado eléctrico —dijo el Aprendiz, sin perderse detalle de la labor de aquel tipo.

El técnico no entendía nada, pero siguió a lo suyo. El Aprendiz se concentró, le miró fijamente... y pasó a la acción.

Apartó al hombre de golpe, que cayó rodando hacia un lado. Miró un instante el marcador del ascensor, que indicaba el piso tercero y bajando. Estiró la maraña de cables, un galimatías ininteligible, y comenzó a conectarlos a una velocidad asombrosa, cambiando de clavijas, de un lado a otro, de una manera prodigiosa.

—¿C-cómo conoces tan bien el cableado del hotel? —dijo el perplejo hombre de mantenimiento.

Pero el Aprendiz no le hizo caso. El tiempo corría en su contra. El ascensor acababa de marcar el segundo piso.

En su interior, Francesca y Alice no entendían por qué Jones no había evitado usando su poder que el ascensor bajase. Se fijaron en el marcador, que indicaba el segundo piso.

En la recepción, el Aprendiz conectaba y desconectaba más y más cables a una velocidad prodigiosa. El aparato borró el número dos y marcó el número uno...

...mientras Jones seguía encarado a su rival.

—No vas a poder evitar que me la lleve —dijo su siniestro contrincante, mientras observaba el contador del ascensor.

Y justo cuando el marcador estaba a punto de borrar el número uno y marcar la planta baja...

...el Aprendiz conectó el último cable y el marcador de pisos del ascensor se volvió loco, colapsándose.

Y un mechón canoso apareció en su pelo.

Y casi como por arte de magia...

...el ascensor se detuvo de golpe, chirriando. Las luces parpadearon. Los guardaespaldas se metieron la mano en la chaqueta, para tener la pistola bien a mano, mientras otro de ellos protegía al objetivo.

Alice observó su reloj. Quedaban diez segundos para llegar a cero. Nueve, ocho, siete...

Francesca miró a su compañera y le guiñó el ojo. Se acercó al objetivo y le susurró.

—Quiero que me digas el código que escondes en tu cabecita.

Tras esto, un mechón blanco apareció en su cabellera.

El objetivo observó un instante a Francesca, sonrió y le habló feliz.

—Por supuesto, lo que tú quieras, mi vida. Alfa, alfa, tango, beta, épsilon, beta, alfa...

Uno de los guardaespaldas se mostró muy nervioso al escucharlo y apuntó a Francesca.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —dijo seductora y pizpireta.

—¡Haz que pare! —ordenó el guardaespaldas, alterado.

—No puedo ni quiero —dijo la chica, mientras el objetivo seguía verbalizando el código.

—...omega, omega, Charlie, alfa, tango.

El guardaespaldas apuntó al pecho de Francesca, y le ordenó de nuevo.

—¡Hazlo!

Francesca le miró con indiferencia.

—Te he dicho que no...

El guardaespaldas, sin mediar palabra, le disparó a bocajarro, mientras el objetivo terminaba de recitar el código.

—...Omega, epsilon. Eso es todo, mi amor.

Francesca sonrió, apoyada contra una pared del ascensor y herida de muerte. Alice se acercó a socorrerla y su compañera, con su último aliento de vida, le susurró algo.

—Ahora te podrías librar de mí... —dijo, mientras un hilo de sangre surgía de su boca—. ¿A qué esperas? Es tan sencillo como no usar tu don...

Francesca intentó aferrarse a la vida, respirando con dificultad, y finalmente expiró. Alice observó entonces a su objetivo. Debía tomar una decisión. Se concentró...

...y rebobinó el tiempo diez segundos. Y todo volvió a estar como antes.

Francesca se disponía a acercarse al objetivo para susurrarle...

...pero Alice la cogió del brazo disimuladamente para que no lo hiciese. Ambas chicas se miraron. Francesca comprendió que aquello ya había sucedido y desistió.

Tras unos segundos de parón, el ascensor volvió a ponerse en funcionamiento y llegó al hall.

El plan había funcionado.

EFECTO DOMINÓ

El objetivo salió del ascensor con los guardaespaldas, sin ser consciente de lo que había sucedido. Porque no había sucedido.

Cruzaron por al lado de Jones, que los observó pasar disimuladamente. Alice y Francesca llegaron hasta Jones y se fijaron en el extraño siniestro que le retaba. El Aprendiz también se unió al grupo.

—¿Qué pasa? —dijo Francesca.

—Marchaos —respondió Jones—. Yo me encargo.

—¿Quién es? —preguntó Alice.

Aquel tipo inquietante clavó su mirada en ella, y Alice sintió un escalofrío.

—He dicho que os marchéis. Corréis peligro.

—No sé quién es ese tío, pero no pienso dejarte —dijo el Aprendiz, mientras se situaba junto a Jones para hacer frente a aquel extraño—. Somos un equipo.

Francesca siguió su ejemplo y se colocó a su lado, encarándose con aquel rival.

—Aunque me fastidie estar de acuerdo con este panoli, tiene razón.

El extraño siniestro observó al grupo con disfrute, como si aquello en lugar de asustarle le incitase aún más.

—Un aprendiz, una susurradora, un manipulador de suerte... y una rebobinadora. Será todo un reto —dijo,

relamiéndose de felicidad, mientras su dedo surcaba el borde de la copa de vino.

—¿Y tú eres...? —preguntó Alice.

—Se hace llamar Dominó —dijo Jones—. Puede controlar la causa y efecto de las cosas. Puede ver qué pequeña acción provocar para desencadenar un efecto dominó que acabe en algo terrible. ¿Ves esa copa que acaricia?

Alice se fijó en la copa con la que jugaba aquel tipo llamado Dominó.

—Al dejarla caer en un momento concreto —prosiguió Jones—, y de una manera concreta, se sucederán una serie de acciones causa y efecto que acabarán en nuestra muerte.

Dominó sonrió, disfrutando con todo aquello.

—Tu mala suerte no será lo suficientemente rápida —dijo el siniestro rival—. Ya estás muerto, aunque no lo sepas.

Dominó mordió sus labios con disfrute y se dispuso a volcar la copa.

Pero alguien le hizo detenerse.

—Basta.

La orden había salido de la anciana, que acababa de entrar en el hotel. Dominó la observó un instante, y Alice pudo ver en sus ojos un atisbo de reverencia y respeto.

—Vaya, qué honor. La mismita anciana —dijo, sin separar sus dedos de la copa—. Tal vez piense que va a pararme, pero se equivoca. Aunque sería curioso poder ver el increíble poder que posee. Y eso que será inútil, porque haga lo que haga, no va a impedir que cumpla mi misión.

Alice se mostró sorprendida por aquella revelación. Siempre había supuesto que aquella anciana era una especie de jefa, pero jamás se le pasó por la cabeza que pudiese tener algún tipo de don. La anciana, sin perder la calma, habló de nuevo.

—Yo no voy a detenerte.

En ese instante apareció el Anulador al lado de la mujer.

—Pero yo sí —dijo el hombre de rictus facial y bigotito ridículo.

Dominó observó al Anulador, y se sintió irritado. Sabía que acababa de perder esa batalla.

—El Anulador —musitó, apretando los dientes—. El perrito faldero de la anciana.

Dominó apartó sus dedos de la copa y se abrochó la gabardina. Miró a Alice e hizo una reverencia.

—Nos volveremos a ver.

Tras esto se marchó.

En ese instante Richard apareció por las escaleras, nervioso, observando en todas direcciones, y se dispuso a acercarse al grupo. Pero antes de que les increpase, se percató de la presencia del objetivo, que se subía sano y salvo en un coche, seguido por su séquito de guardaespaldas. Pensaba que tanto Alice como el resto intentarían secuestrar o tal vez asesinar a ese hombre. Y sin embargo ahí estaba, vivo y coleando, sin mostrarse alterado ni herido.

La anciana decidió que era el momento de irse y se dirigió a la salida. El Anulador la acompañó y todos fueron tras ella, subiéndose en la furgoneta. El Aprendiz se puso en el asiento del piloto y arrancó, marchándose de aquel hotel.

Durante el trayecto, en el vehículo reinó el silencio por lo que acababa de suceder. El Aprendiz decidió romperlo.

—No veáis lo que me costó sacarme el carné—dijo en un tono cordial y divertido—. Sin usar mi don, me refiero. Un fastidio, ¿verdad?

Nadie respondió, manteniéndose el silencio tenso. El Aprendiz se dispuso a hablar de nuevo, pero Alice se adelantó.

—¿Quién era ese tipo de la recepción, ese tal Dominó?

—Un viejo conocido —dijo Jones.

El Anulador abrió un portátil, y esperó.

—Eso no debe preocuparte ahora —dijo la anciana—. Antes tenemos que resolver nuestro acuerdo. Necesitamos el código.

—Primero la cura —dijo Alice.

La anciana sacó el estuche antiguo de su bolso. En su interior se encontraba la carga con el líquido fluorescente. Alice se dispuso a cogerla.

—Primero el código.

Alice dudó. ¿Sería una trampa? Lo fuese o no lo fuese, no tenía otra opción. Así que se lo dio.

—Alfa, alfa, tango, beta, épsilon, beta, alfa, omega, omega, Charlie, alfa, tango, Omega, epsilon.

El Anulador introdujo la secuencia en el portátil. Tras unos segundos de espera, se mostró satisfecho y asintió con la cabeza a la anciana.

—Es correcto.

Como respuesta, Alice cogió la carga del estuche.

—Aprendiz —dijo la chica—. Para en el arcén.

—¿Cómo?

—Para en el arcén —volvió a repetir.

La furgoneta frenó a un lado de la carretera. Alice se quitó el cinturón y abrió la puerta, dispuesta a marcharse.

—Puede que volvamos a vernos —dijo la anciana.

Alice no opinaba lo mismo.

—Ha sido un placer. Hasta siempre.

La chica miró al grupo por última vez y salió del vehículo. Tras esto Jones cerró la puerta y se marcharon, perdiéndose entre la marabunta del tráfico.

PACIENTE CERO

Era muy tarde, y la clínica se encontraba vacía. Julia cogió una jeringuilla, y la pinchó en la carga con el líquido fluorescente, absorbiendo su esencia.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —dijo a Alice.

—No. Hazlo.

La doctora le inyectó el líquido en un brazo. Tras unos segundos, algo mágico sucedió: unas cuantas canas desaparecieron. Pero el grueso de su pelo siguió blanco.

Alice se levantó y se observó en un espejo cercano. Algo había ido mal.

—¿Por qué sigo teniendo canas?

—No lo sé. Tal vez tarde en hacer efecto por completo. Te sacaré una muestra de sangre para analizarla.

Alice sentía que la anciana la había engañado de alguna manera. Y decidió buscar explicaciones.

Sabía dónde encontrarlas.

Una hora después llegó en su moto al edificio donde conoció a aquella mujer menuda y al resto del grupo. Suponía que tendría que lidiar con aquel extraño conserje, pero su sorpresa fue que no encontró a ningún conserje, ni a la anciana, ni al resto del equipo, ni tan siquiera aquel cartel de *Exportaciones/importaciones Koslo*. Así que entró en el edificio.

Lo recorrió de arriba abajo, pasando por aquel almacén que

seguía acumulando polvo, por aquella máquina de café que no funcionaba e incluso por aquella sala donde había sido entrevistada. Todo estaba abandonado, como si nadie hubiese ocupado aquel edificio en años. Se dirigió también al pasillo donde había visto por primera vez a la anciana, y comprobó que aquella fotografía que había colgado ya no se encontraba allí.

Tras dar varias vueltas, entró en el despacho que usaba aquella mujer frágil y vieja. Abrió el archivador donde guardaban aquel informe sobre el inspector Richard Medina, pero el armario estaba vacío.

Se sentó derrotada en la mesa que presidía aquel lugar, y entonces observó una tarjeta de visita que descansaba sobre ella. La cogió y la leyó. En ella se indicaba tan solo el nombre de un negocio: *Artículos de fontanería Romerh*, y una dirección de un polígono industrial

En ese instante sonó su teléfono. Era un número desconocido. Cauta, respondió a la llamada.

—Hola, Alice. —Aquella era la voz de la anciana, que le hablaba al otro lado.

—Me mintió —dijo la chica.

—No lo hice —afirmó la mujer—. La dosis que te di te curó, solo que parcialmente. Fue la primera de, espero, muchas otras. Si decides colaborar con nosotros.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó la chica.

—Diez misiones. Diez dosis. Y recuperarás todo el tiempo perdido.

—¿Cómo me puedo fiar de usted? ¿Cómo sé que no miente?

Se hizo un silencio al otro lado. Tras una larga pausa, respondió.

—Eso deberás descubrirlo por ti misma.

Tras estas palabras, la anciana colgó.

Aquella mujer delicada y frágil guardó su móvil, bañada por una luz artificial y mortecina. Se hallaba en una profunda catacumba, alejada de cualquier rayo de sol. El ambiente era espeso y viciado, y el lugar había sido invadido por la humedad y el moho. Aquel espacio estaba completamente vacío, a excepción de un imponente y antiguo sarcófago que se hallaba en el centro.

Tenía el tamaño de una persona. En el lugar donde debía de estar la cabeza se había tallado un rostro antiguo, femenino y poderoso. De allí surgían talladas largas trenzas, que se extendían esculpidas en la madera del sarcófago, desde la cabeza hasta los pies del mismo, como si fuesen tentáculos que lo protegiesen y cuidasen. Alrededor de esas trenzas habían escrito letras arcanas, idénticas a las de aquel estuche que albergaba la carga fluorescente. En los costados del sarcófago podían intuirse decenas de orificios, horadados con cuidado para que pudiese insertarse a través de ellos un objeto punzante.

La Anciana se acercó con veneración y murmuró una plegaria en un idioma antiguo y olvidado, una reverencia hacia lo que se hallaba en su interior.

Mientras esto sucedía, introdujo con delicadeza la aguja de una jeringuilla en uno de los orificios situados en el costado del sarcófago, y extrajo el misterioso líquido verdoso de su interior. Tras esto guardó la jeringuilla con delicadeza en el interior de la caja arcana.

—Ya tenemos el código —dijo la mujer mientras acariciaba el sarcófago, como si aquel objeto inerte pudiese entenderla—. Es cuestión de tiempo que lo capturemos. Y cuando eso suceda, despertarás. Y reclamarás el mundo que te pertenece.

Tras esto apagó las luces y abandonó aquel lugar envuelto

en moho y penumbra, dejando tras de sí aquel misterioso objeto de un pasado remoto.

—¿Es cosa mía, o tienes menos canas? —preguntó Lucy, mientras su hermana terminaba de darle la cena.

—Te has dado cuenta —respondió Alice, sin poder explicarle lo que aquello significaba.

—Me gusta. Deberías teñírtelo todo.

Alice reflexionó sobre estas palabras.

—Tal vez lo haga.

Justo en ese instante sonó su móvil. Era Julia, y Alice se apartó unos metros de la cama.

—Es del trabajo —mintió, mientras tapaba el auricular. Y contestó a la llamada.

—¿Qué quieres? —preguntó a su interlocutora.

—Tengo los resultados de tus análisis —respondió Julia, que se encontraba en su consulta—. Son... sorprendentes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Alice, intrigada.

—Es increíble. Tus células han rejuvenecido.

Alice sintió un halo de esperanza y miró a Lucy, que estaba algo confusa por la efusividad de su hermana.

—Creo que me van a ascender —volvió a mentir, mientras tapaba de nuevo el auricular. Y siguió hablando.

—¿Así que ya está todo solucionado? —preguntó a Julia.

—No exactamente —dijo la doctora—. Es como si te hubiesen dado una dosis extra de tiempo.

Alice confirmó en ese instante que las palabras de la anciana eran ciertas.

—¿Cuánto necesitaría para completar el proceso?

—Es difícil de decir. Tal vez entre diez y doce dosis,

suponiendo que tengan la misma efectividad.

—Gracias.

Antes de colgar, Julia quiso hablar de nuevo.

—Pero hay algo...

—¿Qué? —preguntó Alice, intuyendo la duda en la voz de su interlocutora. La doctora sentía que debía revelarle la existencia del paciente cero, que debía explicarle el motivo de todo aquello.

—Nada —fue su respuesta. Temía que si Alice sabía la verdad, decidiese echarse atrás. Aunque si seguía adelante, acabaría descubriendo todo lo que le había ocultado, y no tan solo sabría de la existencia del paciente cero, y de la implicación de la doctora en aquel horror. Tal vez descubriría que sus padres, aquellos que murieron asesinados a manos de la Organización, no eran lo que ella creía.

—De acuerdo. Si hay novedades, infórmame —dijo la chica, finalizando la llamada.

En ese instante entró una joven enfermera. Alice no la reconoció, aunque suponía que debía de ser la sustituta de la habitual, ya que era demasiado joven como para ser una empleada fija.

—Necesito que salga para realizar unas curas.

—Ya me iba. Hasta luego, hermanita —respondió Alice, y se marchó.

La enfermera la observó salir y cerró la puerta de la habitación. Una vez a solas, sacó una jeringuilla con un extraño líquido fluorescente y lo inyectó en el gotero.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucy.

—Un nuevo tipo de suero.

Pero no lo era. Y si Alice se hubiese fijado con más atención, se habría percatado antes de salir que la enfermera

llevaba un particular pin en la solapa de su traje, con forma de ojo siniestro. El mismo que ya había visto antes en otro extraño llamado Dominó, aunque no lo recordase.

Pero lo que más le habría llamado la atención de aquella cuidadora habrían sido sus ojos. Uno de un color azul oscuro y profundo, y otro de un poderoso verde esmeralda.

Una mirada que ya había visto antes en otra persona.

EPÍLOGO

UNA NUEVA MISIÓN

Alice se situó frente al espejo del lavabo, observando aquel mechón que había dejado de ser blanco. Había tomado una decisión y no se pensaba echar atrás. La anciana le había propuesto diez trabajos, diez inyecciones, y sería libre. Además, estaba dispuesta a llegar hasta el fondo de aquel asunto. Si alguien había sido el responsable de la muerte de sus padres, lo descubriría y acabaría con él. Así que decidió recogerse aquel mechón que había cambiado de color en una rasta. Uno tras otro, recogió su larga melena en una serie de rastas, hasta formar diez con ellas. Cada una sería una nueva misión, un paso más hacia su libertad y hacia la verdad.

Horas después, se bajó de su moto en otra zona industrial desierta. Se quitó el casco y sacó de su chaqueta la tarjeta que había encontrado en el despacho de la anciana, y en la que se leía *Artículos de fontanería Romerb*. Al alzar la vista, observó un edificio destartado, sobre el que rezaba un cartel con ese mismo nombre.

Así que se dirigió hacia la entrada donde le esperaba aquel conserje grandullón y calvo, absorto en un crucigrama. Cuando Alice se acercó, el tipo alzó la vista sin demasiado interés. Tras unos segundos, volvió a zambullirse en el crucigrama.

—Ascensor del fondo. Tercer piso a mano derecha.

Alice tomó fuerzas, se decidió y entró, dispuesta a

emprender una nueva misión.

Sin saber que aquello la llevaría a librar una batalla que cambiaría el mundo para siempre.

¡Muchas gracias por leerme!

Has llegado hasta el final y espero que te haya gustado. Tu opinión es muy importante para mí, me dará feedback para mis próximos libros y hará que Amazon muestre esta historia a más lectores.

¡Me encantará leer tus comentarios!

[Puedes hacerlo desde aquí](#)

Y sigue disfrutando de más libros en:

WWW.JOSEPEREZQUINTERO.COM